



*Algunos*  
CUENTOS  
*y*  
COMPOSICIONES MUSICALES

SERGIO DE LA CUADRA INFANTE

Nueva  
**Mirada**  
EDICIONES

*Algunos*  
**CUENTOS**  
*y*  
**COMPOSICIONES MUSICALES**

SERGIO DE LA CUADRA INFANTE

Nueva  
**Mirada**  
EDICIONES

**Algunos Cuentos y Composiciones Musicales**  
Sergio de la Cuadra Infante

Registro de Propiedad Intelectual 2025-A-7025  
©Sergio de la Cuadra Infante

ISBN 978-956-9812-66-8  
Agosto de 2025

Edición y diagramación:  
Nueva Mirada Ediciones  
abufom@gmail.com  
www.nuevimiradaediciones.cl

Imagen de portada: Fotografía de Patricio Novoa Quezada,  
Valparaíso, Chile

Impreso en Chile

# Índice

## CUENTOS

La novicia	13
La enfermedad invisible	30
Un paseo a la eternidad	40
La Reina Colorina	45
Una mañana de otoño	52
Eclipse de luna	59
El loro Cilantro y la Vale	65
Los abuelos de las puestas de sol	73

## COMPOSICIONES MUSICALES

Pensando en ti	78
Mujer	80
La canción de Wally	85
Bajando el río	88
Improvisado	94
Nocturno con variaciones	98
Puesta de sol	101
Despedida	105

Agradezco en primer lugar a Catalina, por su inspiración permanente y escuchar durante años mis improvisaciones y canciones tocadas al piano, hasta que algunas se fueron transformando en las composiciones que finalmente aparecen en este libro.

A Jairo Rodríguez por digitalizar mis partituras manuscritas.

A Rodrigo Figueroa por las grabaciones y masterización de las composiciones musicales en el piano acústico con sus equipos.

A Alejandro Abufom por sus consejos en la redacción de los cuentos, correcciones y diagramación del libro.

A Valentina de la Cuadra por su ayuda en subir la música a la plataforma de YouTube.

A mi hermano Sebastián por apoyarme siempre y estimularme a que escribiera estos cuentos.

A todas las personas que me inspiraron con sus historias, de donde surgen estos cuentos.

A la música universal que está presente siempre en todo lugar y en todo momento, que nos acompaña y nos introduce en otra dimensión, más allá de las palabras, regalándonos momentos de felicidad y de sentimientos intensos que nos permiten vivir con más alegría esta vida.

Dedicado a

Aluna,

Mapu,

Ciro

Zeya,

la generación del futuro ...

## ACERCA DE LOS CUENTOS

Los ocho cuentos que se relatan en esta selección han surgido de diversas maneras. En algunos casos han sido inspirados en algún sueño, cuando al despertar me ha quedado dando vueltas en mi mente durante algunos días y ha surgido la necesidad de escribirlo. Una vez que empiezo a escribirlo, van apareciendo nuevos episodios hasta transformar esa idea en una historia, con más detalles. Una vez que empiezo a escribir el cuento no paro hasta terminarlo, lo que significa como máximo dos a tres semanas.

Otros cuentos provienen de anécdotas y experiencias personales o de alguna persona cercana, que sirve de semilla para transformarla en historia o relato. Aquí juega un papel importante la imaginación espontánea que surge al momento de escribir, donde van apareciendo nuevas ideas que se incorporan al relato.

En algunos casos se funden varias ideas que al comienzo provenían de distintas fuentes, en un solo relato que les da fluidez y continuidad. En otros es pura imaginación.

Pero siempre es un proceso continuo y rápido hasta terminar el relato, con una urgencia por dejar por escrito lo que necesito transmitir con cada cuento.

# CUENTOS

## LA NOVICIA

Conocí a Carolina a comienzos de un verano, exactamente el primer sábado de enero de ese año bisiesto, en un pub del balneario Playa Bonita, ubicado en la costa de Valparaíso. Su verdadero nombre era Camila, pero eso lo supe después.

Yo vivía hace menos de un año en Playa Bonita, en una cabaña de veraneo de mis padres que ya no usaban, así que me fui a vivir allí para cuidar la casa y además que me independizaba y me facilitaba mi trabajo. En ese tiempo me dedicaba a vender frutas y verduras seleccionadas, frutos secos, miel, aceite de oliva y otros alimentos con entrega a domicilio, para lo cual ya tenía una buena clientela, sobre todo en verano cuando llegaba gran cantidad de familias a sus casas de veraneo y otros turistas. También muchas familias residían en forma permanente en este pueblo y en las cercanías, así que era un buen lugar para tener como base y poder realizar mis entregas. Los productos que vendía los compraba en el campo, a campesinos y agricultores directamente, así que me resultaba un buen negocio. Y los fines de semana podía surfear y aunque no era un experimentado en este deporte, me gustaba mucho y estaba aprendiendo con rapidez.

Ese sábado de enero fui al pub La Mosca que inauguraba la temporada de verano, con música en vivo. Una excelente banda que tocaba temas de rockailable que ya conocíamos porque el verano pasado había estado tocando en este mismo pub. Siempre se disfrutaba de muy buen ambiente en el lugar, con mucha juventud.

Sabía que iba a encontrar a varios amigos que llegaban por el verano y además de otros que vivían en forma permanente y aprovechaban esta época para carretear y hacer nuevas amistades. Muchos eran estudiantes que veraneaban en el lugar que se la pasaban el día surfear en la playa, ya que había muy buenas olas para surfear y se consideraba una de las mejores playas del litoral central para practicar

este deporte. Había varios clubes de surf y escuelas para los que quisieran aprender, ubicadas en la costanera de la playa.

El pub La Mosca era el punto de encuentro de los surfistas, y estaba completamente decorado en su interior con fotografías de olas gigantes y campeones del surf, tablas de todos los tipos, redes de pescar y una serie de objetos marinos y relacionados con diversos deportes en el mar, pero sobre todo con el surf.

Ese sábado, fui con mi amigo Ricardo, que había llegado hace poco para pasar el Año Nuevo con su familia a Playa Bonita. Ricardo iba casi todos los fines de semana porque es un fanático del surf y aprovechaba cada ocasión para practicarlo. Durante el año estudiaba y vivía en Valparaíso.

Nos encontramos con amigos que no veíamos desde el verano pasado y otros que los veíamos ocasionalmente algunos fines de semana. Estaba lleno el pub y como habíamos llegado temprano con Ricardo, teníamos una mesa reservada que ya se había llenado a medida que llegaban los amigos y amigas. Había un ambiente muy alegre, de reencuentro, poniéndonos al día con nuestras vidas y conversando de todo, aunque siempre el tema principal era el surf, que la mayoría de nosotros practicábamos.

Estábamos conversando y tomando cerveza alegremente con el grupo que se había formado alrededor nuestro y de repente Ricardo me pega un codazo y me hace un gesto para que mirara algo entre medio de la gente, en algún lugar.

—¿Qué pasa?

—Esa chica de chaqueta azul no te quita la vista de encima, ¿la conoces?

Miré hacia donde me señalaba y efectivamente había una chica que me miraba con unos ojos que parecían brillar como dos estrellas en la semioscuridad del bar.

—No la conozco. No estoy seguro si la he visto antes en algún lugar.

—Pero es que no te deja de mirar. Sácala a bailar y le preguntas. Se ve bastante bien y parece que anda sola, sin pareja.

Seguí compartiendo con mis amigos y a ratos miraba hacia donde estaba la chica de la chaqueta azul. Ella estaba en otra mesa con un grupo de amigos y amigas y al observarlos me di cuenta que no conocía a ninguno. Sentado al lado de ella había un joven de pelo largo y barba. Cada vez que miraba hacia allá, notaba que la chica me miraba en forma insistente. Se lo comenté a Ricardo.

—Sale de dudas. Vas y le preguntas algo o mejor aún sácala a bailar. Algo quiere contigo, y volvió a pegarme un codazo como para darme ánimos y rió con su típica risa alegre y contagiosa.

Miré con más detención a la chica. De pelo negro y ondulado que le llegaba hasta los hombros, cuerpo menudo y de estatura normal, se veía atractiva, pero su mirada era cautivadora. Como que no encajaba en su grupo de amigos. No hablaba, se veía tímida y parecía que no conocía a las personas que estaban en su mesa. Tenía puesto un vestido blanco hasta las rodillas, que le daba un aire un poco infantil o anticuado. Y calzaba sandalias. No se podría decir que andaba a la moda, pero me gustó.

Mis amigos y amigas conversaban, reían y algunos bailaban. Nuevamente al mirar a la chica se cruzaron nuestras miradas y me hizo un gesto como de saludo, al cual yo también respondí tímidamente. Y me decidí a sacarla a bailar.

—Hola ¿te gusta bailar?

—Bailemos, me contestó. En ese momento la banda tocaba un tema de Soda Stereo que estaba especial para bailarlo. Tocaron después uno de Los Prisioneros que también bailamos, aunque no se podía conversar por el volumen de la música. Al terminar el tema, la banda paró a descansar y pudimos hablar.

—¿Nos conocemos?

—Te vi el miércoles pasado cuando fuiste a mi casa a dejar el encargo de frutas y verduras. Yo te abrí la puerta. ¿No te acuerdas?

—¿Dónde la señora Verónica?

—Si, ella es mi mamá.

—Ahora recuerdo que una chica me abrió la puerta, pero apenas alcancé a verte y no te recordaba. Desapareciste.

—Sí, estaba ocupada y fui a llamar a mi mamá y ya no me viste, pero yo te estuve mirando desde mi pieza mientras pasabas a dejar el encargo.

—¿Espíándome? Ja, ja.

—No, sólo mirando.

—Pero yo nunca te había visto antes y hace casi un año que le llevo frutas y verduras a tu mamá.

—Llegué hace una semana, a pasar el Año Nuevo y dos semanas de vacaciones. Estudio lejos, en otra ciudad.

—Que bien ¿Y qué estudias?

—Salgamos a conversar afuera. Aquí hay mucha bulla y me siento incómoda.

Salimos del pub, a la orilla de la costanera y frente de la playa. Había una luna casi llena reflejándose en el mar, se escuchaban gaviotas y olía a mar, ese olor que a mí tanto me gusta. Nos sentamos en una banca mirando el mar.

—Es primera vez que estoy en Playa Bonita. Antes vivíamos en Valparaíso. Yo me fui a estudiar y mis padres se vinieron a vivir a este lindo lugar. Me gusta su cercanía con el mar. Pero no me gustan las muchedumbres. ¿Siempre hay tanta gente en este lugar?

—En verano se llena. Pero el resto del año es muy agradable y tranquilo. Viene poca gente, la mayoría a practicar surf y se la pasan en el mar y en la playa. Pero el ambiente es bueno. No hay mayores problemas. Yo también vivo hace menos de un año acá.

—¿Y conoces más gente del lugar?, pregunté.

—No. Como te comenté es la primera vez que estoy acá, hace poco más de una semana. Hoy salí con mi hermano, que vino por el fin de semana. Vive y estudia en el sur. Es uno de barba y pelo largo que estaba sentado al lado mío.

—Si lo vi, pero no nos conocemos. ¿Y cómo te llamas?

Se demoró un poco en responder, con la mirada perdida en el mar y en el reflejo de la luna.

—Podríamos llegar caminando hasta la luna por ese camino de plata que se forma, dijo con una voz dulce, como si en verdad fuera posible. Mi nombre es Carolina.

—El mío es Santiago, pero todos me conocen por Santi.

—¿Quieres una cerveza? Yo invito.

—Prefiero un jugo natural, puede ser mango o frutilla. Te espero aquí si no te importa.

—Está bien, la hago cortita.

Entré en el pub y fui al bar a pedir una cerveza y un jugo de mango. Ricardo se me acercó y me preguntó qué tal la chica.

—Bien, pero no le gusta la bulla y nos fuimos a conversar afuera, en una banca.

—Suerte hermano, me sonrió y cerró un ojo. Un gesto característico en él y que le salía muy bien. Yo he tratado de imitarlo y definitivamente no me resulta natural.

—De ahí nos vemos. Y salí donde esperaba Carolina.

—¿Tu estudias o trabajas? Me preguntó.

—Las dos cosas. Estoy terminando la carrera de técnico agrícola. Me falta sólo el examen de grado. Y trabajo repartiendo frutas y verduras, así como me viste el otro día en tu casa.

—Caminemos. No conozco la costanera. Es la primera vez que salgo de noche y está lindo para caminar. ¿O prefieres regresar al pub?

—Bueno, a mí también me gusta caminar y en verdad la noche está preciosa, con esa luna mirándonos y reflejándose en el mar.

Caminamos y conversamos hasta llegar al final de la costanera, que termina en unas rocas grandes. Subimos y nos sentamos en la parte más alta, donde hay un mirador y seguimos hablando y contemplando el mar. Era agradable conversar con Carolina.

La luna había bajado bastante desde que comenzamos a caminar y se veía el camino de plata más nítido y recto. Me di cuenta que habían pasado al menos unas dos horas desde que salimos del pub.

—¿Quieres regresar al pub?

—No, me respondió. Y siguió mirando el mar y la luna sin decirme nada más.

—¿Y tu hermano no te echará de menos?

—Antes de salir le avisé que volvería por mi cuenta. No hay problema. Del pub a mi casa son diez minutos caminando.

—Mi casa también está cerca del pub, como a quince minutos caminando, pero en la otra dirección, así que nuestras casas deben quedar como a veinticinco minutos de distancia. La miré y sonreí.

—¿Con quién vives?

—Solo. Es una cabaña de mis padres, pero nadie la ocupaba y me vine a vivir yo. Estoy muy a gusto en ella. Es chiquita y tiene vista al mar. Se ven hermosas las puestas de sol desde la terraza.

Me miró con sus ojos negros que brillaban como estrellas con la luz de la luna.

—Caminemos. ¿Podemos ir ahora a tu casa?

—¿Quieres conocer mi casa ahora?

—Sí, no tengo ganas de llegar a la mía.

Y regresamos lentamente caminando por la costanera. Mi casa estaba antes del pub, por lo que no volvimos a pasar por ahí. La luna seguía bajando y ya casi tocaba el horizonte.

—Tengo frío, dijo Carolina. Y en verdad andaba bastante desabrigada y hacía frío a esa hora de la noche. Le puse mi bufanda en su cuello y nos fuimos caminando abrazados tranquilamente, como si nos conociéramos desde hace tiempo o como si fuéramos pareja. Conversamos de muchas cosas, pero cada vez que le preguntaba por algo personal o más íntimo de ella, me evadía elegantemente preguntándome algo a mí o cambiando el tema.

Cuando llegamos a un lugar donde la costanera se hace más ancha y hay una entrada a la playa, le mostré la calle por donde se subía a mi casa. Se puede ver desde aquí. ¿Ves ese pino grande? La casa justo a la izquierda, de color celeste. Esa es.

—Te acompaño a tu casa, le dije. Se detuvo, me miró con su hermosa mirada y me dijo si acaso no la iba a invitar a mi casa.

—Te preguntaba por si habías cambiado de parecer.

Me volvió a abrazar y nos fuimos caminando por la calle que subía como cincuenta metros antes de doblar a la derecha y llegar a mi casa.

—Una vez dentro de la casa, puse música y le ofrecí algo de comer y un té o café.

—Un té bien caliente. Me dio frío la caminata.

Mientras ponía le tetera y preparaba el té se acercó por detrás y me abrazó. Me volvió a decir que tenía frío. Entonces me di vuelta y la abracé por primera vez sintiendo su cuerpo junto al mío y la besé lentamente, con cuidado, ya que presentía que algo le pasaba y que había que tratarla con mucha ternura y delicadeza.

Nos tomamos el té y me dijo que tenía mucho frío. Que quería acostarse.

—Bueno, acá hay dos piezas. En la mía hay una sola cama, en la otra hay dos camas. Puedes acostarte donde quieras.

—Tonto, quiero acostarme contigo.

—Entonces en mi pieza.

—Sabes, yo no uso pijama para dormir. Estoy acostumbrado a dormir desnudo.

—Yo uso camisón, pero hoy duermo contigo desnuda, me dijo sonriendo con sus ojos brillantes como toda la noche.

—¿Qué tienen tus ojos que brillan de esa manera? Si parecen un par de estrellas.

—Se ríe, se desnudó lentamente y pude ver su cuerpo hermoso y bien formado que no se apreciaba con su vestido suelto y poco glamoroso.

Esperé a que se acostara ella primero, puse música y luego dejé una luz tenue encendida afuera de la pieza y me acosté junto a ella. Sus ojos brillaban...

Nos abrazamos bajo las sábanas. Sentí su cuerpo frío.

—Te voy a hacer entrar en calor, le dije despacito en su oído y comencé a acariciarla por todo su cuerpo, recorrerla completa desde sus fríos pies hasta su rostro y su pelo. Al mismo tiempo la iba besando en el cuello, la cara, sus senos, hasta llegar a su boca donde nos besamos larga y tiernamente. Todo era relajado, sin movimientos bruscos ni salvajes.

Le toqué con mis dedos su sexo y ella me tomó la mano.

—Espera. Quiero dormir contigo. Abrazarnos, besarnos, acariciarnos. Pero no quiero tener sexo.

—¿Eres virgen?

—No, pero nunca he hecho el amor.

Esta respuesta me dejó pensativo y parecía contradictoria. No quise preguntar nada más para no estropear el momento.

—Está bien. Como tú quieras.

Carolina tenía diecinueve años y yo en ese entonces veintidós. ¿En verdad no había hecho nunca el amor? No le creí, pero pensé que era parte del juego y nos seguimos acariciando y besando durante mucho tiempo, hasta quedarnos dormidos.

Desperté en la mañana sintiendo el cuerpo de Carolina a mi lado. Su cuerpo estaba ardiente, y sus manos acariciaban mi sexo. Apenas abrí los ojos me miró y sonrió.

—Buen día Santi. Quiero que me hagas ahora el amor. Y se puso de espaldas para no dejar de mirarme a los ojos.

Hicimos el amor toda la mañana de ese domingo de verano. Fue hermoso. Diferente. Delicada y tiernamente.

Volvimos a quedarnos dormidos. Me desperté cuando sentí que se levantaba.

—¿Qué hora es?

—Van a ser las 12. Mediodía, le respondí. Voy a preparar algo para comer.

—No te preocupes Santi, me tengo que ir rápido a mi casa para almorzar con mis padres. Deben estar preocupados que no he llegado.

—Pero al menos un desayuno, le dije. No te puedes ir sin haber comido nada.

—Está bien.

Tomamos un desayuno rápido y al despedirse me besó tiernamente.

—Gracias Santi. No sabes lo importante y lo lindo que ha sido para mí estar contigo esta noche. Nos vemos.

No quiso que la acompañara. Se fue caminando rápidamente mientras yo la veía alejarse desde la puerta de mi casa.

Durante la semana no supe nada de Carolina. No le había pedido su número de teléfono y ella tampoco tenía el mío. Pero por lo menos sabía dónde vivía.

El sábado fui nuevamente al pub La Mosca para ver si me encontraba con Carolina, pero no apareció y sentí una angustia al no encontrarla. Ricardo se dio cuenta que estaba un poco triste, me molestó y se rió, pero al final compartí con mis amigos y disfruté de la compañía, escuchando música y conversando.

Durante la siguiente semana empecé a sentirme impaciente al no saber nada de Carolina. Así que llamé a la señora Verónica, su mamá, con el pretexto que andaba cerca de su casa y si le pasaba a dejar algunas frutas y verduras frescas.

—Tendría que ser ahora Santi, porque salgo en media hora.

—No se preocupe, en diez minutos estoy allá, le respondí entusiasmado.

Al llegar me abrió la puerta la señora Verónica (tenía la esperanza que me abriera Carolina). Le mostré lo que andaba trayendo y escogió lo que necesitaba.

—La vez anterior me abrió una chica. ¿Es su hija? Pregunté haciéndome el leso.

—¿La Camila? Sí, es mi hija. Estuvo con nosotros dos semanas, pero ya regresó a sus estudios en Los Maitenes.

—¿Dónde queda ese lugar? Por aquí cerca no he escuchado ese nombre.

—Lejos, fuera de la región, obtuve por toda respuesta. No quise preguntar más para no ser indiscreto o levantar alguna sospecha, ya que sabía que Carolina no le habría contado nada de lo nuestro a su mamá.

—Hasta luego y gracias.

—Gracias a ti Santi.

Subí a la camioneta y me fui pensando. ¿Camila? ¿Carolina? ¿Será la misma?

Recordé que Carolina me había dicho que tenía un solo hermano, al que tampoco había visto desde esa vez en el pub. No tenía hermanas.

Pasó el verano y no volví a ver a Carolina y tampoco supe nada de ella. Cuando iba a dejar mercadería donde la señora Verónica,

una sola vez pregunté por “su hija”, pero la respuesta fue vaga. Está estudiando. Y nada más.

Fui todos los sábados de enero y febrero de ese verano al pub con la esperanza de encontrarla ahí, pero no apareció.

Creo que fue el verano más triste que me ha tocado vivir. No era que estuviera enamorado. Era una sensación extraña al no saber nada de Carolina, ni qué le había pasado. No poder conversar con ella sobre ese fin de semana que habíamos compartido y que había sido algo mágico.

Un domingo a mediados de marzo golpearon a la puerta de mi casa. Serían como las ocho de la tarde y ya estaba oscureciendo. Al abrir me sorprendí al encontrar a Carolina frente a mí. Me abrazó y entró rápidamente. La vi asustada y su cara reflejaba preocupación.

—Hola Santi. ¿Me puedo quedar aquí contigo esta noche?

—Por supuesto que te puedes quedar. Eres bienvenida. ¿Qué pasa?

—Me arranqué y seguro me andan buscando, pero no saben que vine para acá.

—¿De dónde te arrancaste?

—Ay, te voy a contar un poco lo que pasa Santi.

—Me arranqué del convento donde estaba. Estaba de novicia, para ser monja, en un internado lejos de aquí. Esa vez que nos conocimos yo había pedido dos semanas de vacaciones con la excusa de estar con mi familia, pero la verdad es que ya no quería seguir en ese lugar. Ya no quería ser monja. Creo que nunca lo quise, pero dadas las circunstancias fue la única alternativa que encontré.

—¿Estudiabas para monja?!

—Estuve un año internada en el convento de Los Maitenes, cerca de Rancagua. Al principio me sentí bien, protegida. Pero después se me hizo insoportable y hablé con la madre superiora de que ya no me sentía bien, que quería salirme. Hablaron con mis padres y ellos me dijeron que lo pensara un tiempo más, que esperara. Que era bonito ser monja, salir después de misionera por el mundo y ayudar a los demás y evangelizar.

—¿Pero, por qué ingresaste para ser monja?

—Lo que te voy a contar Santi no se lo he dicho a nadie. Prométeme que no vas a decir nada de lo que te diga.

—Puedes confiar en mí Carolina. ¿Ese es tu nombre o Camila, como te llama tu madre?

—Mi nombre es Camila, pero en el convento nos cambian de nombre. Es como un nuevo bautizo, para dejar atrás nuestra antigua vida. Entonces recibí el nombre de Carolina, que fue el que te dije. En realidad, no sé por qué te dije ese nombre. Podría haberte dicho Camila, pero da lo mismo.

—Entré al convento porque fue la única salida que encontré a un problema muy grave que tuve a nivel familiar. Hasta pensé en suicidarme en un momento.

Yo miraba a Carolina o Camila. Veía su hermoso rostro agitado. Y sentía una gran angustia al verla así.

—Cuando estaba en Cuarto Medio del colegio, mi hermano mayor se había ido a estudiar a la universidad al sur, en Valdivia. Mi madre trabajaba todo el día, por lo que salía temprano y llegaba tarde a la casa. Mi padre o mejor dicho mi padrastro, trabajaba en el norte, en una mina y hacía turnos. Estaba dos semanas en el norte y dos semanas en la casa.

Un día, al llegar en la tarde a la casa después de hacer deporte en el colegio, me duché y salí del baño desnuda para vestirme en mi pieza. No sabía que había llegado ese día mi padrastro del norte. Estaba en mi pieza desnuda buscando la ropa para ponerme y entró a la pieza y me quedó mirando con una cara que nunca le había visto. Estaba como poseído y muy agitado. Me forzó y me violó sobre mi propia cama. Yo me resistía y trataba de gritar, pero me tapaba la boca y me amenazaba. Me dijo que si le contaba a alguien las consecuencias para mí y mi familia serían terribles. Pero sobre todo para mi madre. Quedé destrozada y entera adolorida, por dentro y fuera de mi cuerpo.

Al llegar mi mamá más tarde yo no quise salir de mi pieza y fue a ver qué me pasaba, por qué no iba a cenar.

Le conté lo sucedido y su reacción fue totalmente inesperada.

Comenzó a gritarme que cómo se me ocurría decir esas cosas. Si acaso estaba loca. Me cacheteó y me tiró del pelo repitiéndome varias veces que eso no lo volviera a decir nunca más. Si acaso volvía escuchar algo así me internaba en un manicomio, que ahí es donde llevan a las chiquillas locas.

Quedé con la cara roja de tantas cachetadas que me dio y llorando el resto del día sin salir de mi pieza. Al otro día no fui al colegio y mi mamá no salió a trabajar.

Ese día estuvimos las dos conversando y me dijo que no quería escuchar nunca más sobre el tema. Que no iba a volver a ocurrir y que me quedara tranquila.

Hasta ese día, yo nunca había tenido relaciones sexuales. No pololeaba tampoco y me sentía una joven independiente y alegre.

¿Cómo iba a estar tranquila viviendo en la misma casa con mi padrastro que me había violado? ¿Quién me aseguraba que no volvería a pasar?

Yo estudiaba en un colegio donde había monjas. Antes era un colegio con muchas religiosas, pero ahora sólo quedaban tres. Eran de diferentes países y se trasladaban a diferentes lugares del mundo a hacer su labor misionera, sobre todo en escuelas de países pobres de África. Una de estas monjas era bastante joven. Tenía entre veinticinco y treinta años y era mexicana. Habíamos conversado en varias ocasiones y me gustaba hablar con ella. Era muy simpática y divertida. Me acerqué a ella después de lo que sucedió, como buscando refugio, pero sin contarle nada de lo que me atormentaba.

En casa pasaba lo menos posible y empecé a involucrarme en todas las actividades del colegio de manera de pasar más tiempo ahí y menos en la casa. Trataba de llegar tarde, después de mi mamá. Cuando mi padrastro estaba en casa, llegaba más tarde aún y me aseguraba que mi mamá ya había llegado. Se volvió un infierno vivir en esa casa. Siempre pendiente de no quedar sola con mi padrastro.

Empecé a colaborar en el colegio con la hermana Lucía, así se llamaba la monja mexicana, en todas las actividades que realizaba. Incluso en actividades religiosas, que nunca antes me habían interesado.

Era septiembre y faltaban dos meses para terminar el Cuarto Medio en el colegio y no sabía que iba a pasar conmigo. Según mi mamá, el dinero alcanzaba para pagarle los estudios a mi hermano, pero estaba difícil conmigo, además que había bajado mi rendimiento escolar en forma notoria y no me sentía animada a estudiar nada. Sólo quería irme de casa cuanto antes, siempre con el temor a mi padrastro.

Un día la hermana Lucía me preguntó si no sentía la vocación de ayudar a los demás a través de las misiones que realizaba la congregación de monjas misioneras a la cual ella pertenecía.

No se me había ocurrido. De pronto se abrió ante mí la perspectiva de entrar a la congregación para escapar de mi casa. Y si me gustaba la vida de monja seguir “el llamado de Dios”, como decía la hermana Lucía.

Así que a final de año postulé a la congregación y fui aceptada. En enero mi mamá me llevó a Rancagua en auto y de ahí a Los Maitenes, donde quedaba el convento, para comenzar una nueva etapa en mi vida. Yo me sentía aliviada y entusiasmada de transformarme en monja, renunciando a todo lo que eso significaba.

Esta etapa también coincidió con el cambio de domicilio de mis padres desde Valparaíso a Playa Bonita.

Pero la vida en el convento se me hizo insoportable. Para qué te voy a contar detalles. Sólo decirte que después de dos meses ya quería retirarme. Pero no me dejaron. La hermana superiora me dijo que tenía que ser paciente y completar el tiempo mínimo de un año para que estuviera segura de mi decisión. Pero yo ya estaba segura que no quería seguir ahí.

Pedí que llamaran a mi mamá para explicarle, pero me negaron esa posibilidad. Era como estar prisionera e incomunicada. Fue terrible.

Por fin se cumplió el año y salí con permiso de dos semanas que fue cuando me conociste. Después de ese fin de semana que estuvimos juntos, el día miércoles llegó un furgón de la congregación a buscarme a la casa. Mi mamá me había dicho que ella me llevaría en auto, pero no fue así. Le dije que no quería seguir en el convento, pero

me tranquilizó diciendo que ya lo conversaríamos con calma. Yo estaba confiada en que ya no volvería. Fue como si me llevaran presa de regreso a Los Maitenes.

Mi mamá dijo que era lo mejor para mí. Que meditara bien sobre mi futuro. Yo grité y me resistí, pero me metieron a la fuerza al furgón. Me sentí raptada con la complicidad de mi madre. Estábamos sólo las dos en casa ese día.

Todo el tiempo que Carolina me hablaba yo escuchaba callado y sorprendido de lo que me decía. Su historia era increíble. Jamás sospeché que algo así le estaba sucediendo.

—Pero hoy temprano aproveché un descuido en el convento y me arranqué. Tenía algo de dinero guardado, lo justo para los pasajes en bus y me vine directamente a tu casa. De seguro que van a ir a buscarme a la mía y al no encontrarme andarán investigando donde estoy.

—¿Sabe mi mamá que podría estar aquí? Me preguntó con la cara angustiada. La abracé fuerte.

—No creo. Yo no he hablado con ella sobre ti. No sabe que nos conocemos, si tú no le dijiste nada.

—No le he dicho nada a nadie, me contestó.

—Después de la violación creí que nunca podría hacer el amor, a tener relaciones sexuales normales. Quedé traumatizada. Por eso fue tan lindo esa noche que estuvimos juntos. Sentí el placer dentro mío. Le perdí el miedo al sexo y supe que ya no quería reprimirme de ese placer. Es como materializar el amor. Transformar ese sentimiento tan lindo en algo concreto, con tu propio cuerpo.

—Por eso me dijiste aquella noche que no eras virgen, pero que nunca habías hecho el amor.

—Si, aunque pareciera raro y tú no me preguntaste nada más y lo agradecí silenciosamente. Fuiste muy discreto y cariñoso conmigo Santi. Te estoy muy agradecida.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—La verdad, no sé. ¿Puedo quedarme en tu casa unos días mientras resuelvo? He pensado en algunas posibilidades, pero no tengo nada concreto.

—Claro que te puedes quedar. Tienes que tener cuidado de no salir y que alguien te vea.

—Me vine para acá porque sabía que me acogerías, pero tengo mucho miedo a lo que haga mi mamá y mi padrastro, que siempre han insistido en que sea monja. No confío en mi mamá. Si le dan a escoger va a preferir a mi padrastro, aunque tenga que sacrificarme. Creo que me ve como una amenaza en su relación y ya no sabe qué hacer conmigo. Por eso creo que está empeñada en que sea monja y esté lejos de casa y de mi padrastro. También desconfía de él, que podría volver a hacerme daño.

—Debes tener hambre. Voy a preparar algo para comer.

—Gracias Santi.

Cenamos, comimos unas frutas y después nos acostamos y volvimos a hacer el amor varias veces. Carolina ahora estaba más desinhibida sexualmente y fue más apasionada que la vez anterior.

A la mañana siguiente me quedé en casa. Llamé a algunos clientes diciéndoles que había tenido un percance y que aplazaba para mañana las entregas que tenía ese día. Quería ayudar a Carolina y no dejarla sola.

Como no tenía teléfono, le presté el mío para llamar a una amiga que vivía en el sur que podría ayudarla.

Compartimos todo el día, contándonos acerca de nuestras vidas y proyectos. Carolina no sabía qué hacer. No tenía dinero para estudiar y quería estar lejos de su casa. Tenía mucho miedo a su mamá y a su padrastro.

Cuando le dije que se podía quedar conmigo me miró con ternura.

—Gracias Santi, eres encantador y muy amable, pero necesito irme lejos de mis padres y hacer una nueva vida. Ya hablé con mi amiga del sur, que conocí en el convento. Ella también estaba de novicia, pero sólo estuvo un par de meses. Nos hicimos amigas y me dio su número de teléfono.

—Me dice que vive en Coyhaique, que me puedo quedar con ella y ayudarla en un emprendimiento que tiene de chocolatería. Vive

con un chico que se casaron hace poco y en la casa hay espacio, tiene una pieza desocupada.

¿Me podrías ayudar con el pasaje? Así viajo esta misma noche. Tomo el bus de la tarde a Valparaíso y sale otro a Puerto Montt a las diez de la noche. De ahí tendría que tomar otro hasta Coyhaique.

Me di cuenta que estaba decidida y además asustada. No sacaba nada con intentar convencerla de quedarse aquí.

—Está bien, te llevo en mi camioneta al terminal para que tomes el bus de las siete de la tarde. Así llegas con tiempo a Valparaíso para tomar el que te lleva a Puerto Montt.

En el terminal nos abrazamos fuerte a modo de despedida y le corrieron lágrimas por la cara. Nos dimos el último beso y rápidamente se subió al bus y desde la ventana me hacía señas y le veía su cara llena de lágrimas.

—Tienes mi número de teléfono. Llámame para contarme como va tu viaje y avísame cuando llegues a tu destino, alcancé a decirle antes que partiera el bus.

A los tres días me llamó desde un teléfono prestado. Ya estaba en Coyhaique en casa de su amiga y se sentía cómoda y segura.

También había llamado a su mamá diciéndole que se encontraba bien, que no la buscara, que ya era mayor de edad para hacer su vida. Que ella la buscaría después. De su padrastro no quería saber nada ni verlo nunca más.

No volví a saber de Carolina durante más de cinco años. Siempre pensaba en ella, cómo sería su vida. No tenía forma de ubicarla ya que no sabía ni su dirección ni su número de teléfono, si acaso tenía. Fue una linda experiencia, pero que me había dejado un sabor amargo al no saber nada de ella, cómo estaría, si había podido salir adelante tan sola en el sur. No llegué a enamorarme, pero le tomé mucho cariño y me sentía responsable de su bienestar.

Un día domingo apareció en mi casa, temprano en la mañana. Fue enorme mi sorpresa al abrir la puerta y verla ahí frente a mí. Traía un niño de la mano, que tendría unos tres años.

Nos saludamos y el abrazo fue espontáneo. Fuerte y lleno de

cariño y ternura. La miré a los ojos, que como siempre brillaban como dos estrellas. Tenía el pelo más largo y se veía hermosa, con ropa más deportiva y juvenil.

—Te vine a saludar Santi, ya que vine a ver a mi mamá por primera vez desde que me fui y para que conociera a su nieto. Este es mi hijo, se llama Santiago. La quedé mirando estupefacto. Al ver mi cara de pregunta se rió.

—No te preocupes. No es tu hijo. Le puse tu nombre porque fuiste una persona muy importante en un momento crítico de mi vida. Así te voy a recordar siempre a través de mi hijo.

En Coyhaique estuve con mi amiga ayudándola en su emprendimiento. Nos fue bien. Conocí a un chico, nos enamoramos y nos casamos hace tres años, cuando supe que estaba embarazada. Ahora tengo mi propio emprendimiento, me independicé y me va muy bien con nuestra chocolatería y dulcería que instalamos junto a mi esposo. Él se quedó en el sur a cargo del local.

—Pero pasa por favor, no te quedes ahí en la puerta.

—Muchas gracias Santi, te llevo siempre en mi corazón y en mis pensamientos. Sólo pasé a saludarte.

Me dio nuevamente un abrazo y un beso de despedida.

Y se marchó con su hijo de la mano, hasta desaparecer al doblar la esquina de la calle que baja a la playa.

Nunca más la vi.

Mayo 2025

## LA ENFERMEDAD INVISIBLE

Todo empezó con una indigestión que le duraba ya más de una semana. Cosa rara, ya que Leonel tenía el estómago bastante firme. Empezó a sentirse cansado, débil y a bajar de peso. Cuando llevaba dos meses con este malestar y no se le pasaba, a pesar de alimentarse lo más sano posible, empezó a preocuparse y pidió hora al médico que lo revisaba cada uno o dos años, sólo para controlarse ya que no se enfermaba nunca y no recordaba haber estado siquiera un día en cama desde que egresó del colegio.

Según el médico, no tenía nada que fuera evidente y le pidió que se hiciera exámenes de sangre, orina y le recomendó que lo revisara un gastroenterólogo por si tenía algún problema en su sistema digestivo. Este médico tampoco encontró nada especial y recomendó realizar una colonoscopia, para ver si estaba afectado el colon y posible cáncer, ya que a estas alturas llevaba cinco meses enfermo, y no se le quitaba la indigestión, que se había convertido en una diarrea crónica.

Además, le habían salido en la cara pequeños granos que le picaban y algunas heridas dentro de la boca que le dolían mucho al tragar, lo que le hacía más difícil comer y seguía bajando de peso, por lo que también acudió a un dermatólogo. Este le dijo que podría ser una alergia y le recetó algunas cremas para la cara y otro medicamento para el virus del herpes que tenía según él en su boca.

Como era tiempo de la pandemia del COVID costaba mucho conseguir hora para consulta médica y seguía sintiéndose mal y muy débil. En siete meses había bajado diez kilos. Le dieron hora para que se hiciera una colonoscopia para dos meses más.

Llegaba septiembre, la primavera y las Fiestas Patrias Leonel no tenía ni ánimos ni fuerzas para festejar nada. Siguió yendo a trabajar como siempre (nunca había faltado ni un solo día), pero andaba apenas y no conseguía mejorar ni saber qué era lo que lo tenía tan mal. Durante las noches se despertaba tres a cuatro veces mojado comple-

tamente debido a la transpiración, por lo que tenía que cambiarse de ropa y a veces hasta las sábanas. Le costaba mucho comer, no tenía hambre. Pensaba en algún problema interno, posiblemente cáncer o en algún problema infeccioso. Se levantaba tarde, con pocas fuerzas en la mañana y cuando volvía del trabajo tenía que tirarse a descansar y dormir. Su cuerpo no aguantaba más.

¡Ya había perdido quince kilos de peso!

Sabía que algo estaba mal.

¡Que desesperación no saber qué es lo que te tiene enfermo y por lo tanto no puedes hacer nada para mejorarte!

Es preferible saber que se tiene algo terrible que estar así y no saber por qué, y qué es lo que causaba este tremendo malestar y descompensación en su cuerpo.

Llevaba ocho meses enfermo, con diarrea crónica y cada vez peor. Los amigos y familiares le preguntaban que le pasaba y él no sabía decirles que tenía. Su hermana le recomendó que fuera al consultorio o al Centro de Salud Familiar del pueblo y pidiera hora a un médico, ya que las consultas a los médicos particulares hasta ese momento no habían dado ninguna luz de lo que le pasaba.

Leonel estaba inscrito en el consultorio y no se le había ocurrido ir antes. Un día lunes a comienzos de noviembre fue a pedir hora a un médico general y por primera vez a un centro de salud pública. Siempre había escuchado malos comentarios, que estaban colapsados, pésima atención, etc.

Para su sorpresa, le dieron hora para el día siguiente con el médico. ¡Y llevaba esperando dos meses para conseguir hora con un médico particular!

Al día siguiente en la mañana estaba en el consultorio. Contó lo que le sucedía y al médico le bastaron no más de cinco minutos para saber cuál era el problema. Leonel lo supo de inmediato porque notó en los ojos del médico su certeza. Entonces éste le preguntó si tenía exámenes de sangre y otros exámenes y Leonel le pasó la carpeta que traía con todos los resultados de los exámenes que se había hecho desde que estaba enfermo.

El médico le dijo que estaban incompletos así que era necesario realizar exámenes nuevos. Y entonces le hizo una pregunta que Leonel encontró insólita y fuera de contexto.

¿Ha tenido algún encuentro sexual de alto riesgo últimamente?

Leonel lo quedó mirando sin saber qué decir y le preguntó a qué se refería...

Encuentro sexual sin preservativo, por ejemplo. Pero no alcanzó a responder y el médico notando la cara de perplejidad ante tan rara pregunta le dijo rápidamente: mañana mismo viene a sacarse la muestra de sangre y apenas tengamos los resultados lo llamamos para que los revisemos juntos aquí en el consultorio.

Salió del consultorio con una rara sensación. Por fin el médico sabía algo sobre lo que le ocurría, pero la pregunta que le había hecho quedó en su mente flotando una semana completa mientras esperaba que lo llamaran para entregarle los resultados.

Lo que usted tiene es el virus del VIH y debido al tiempo transcurrido se ha transformado en SIDA. Los exámenes así lo confirman.

Leonel quedó mirando sin entender todavía la gravedad de lo que le estaba diciendo el médico, pero sintió un extraño alivio de saber por fin qué es lo que lo tenía tan enfermo.

El médico le explicó la diferencia entre tener VIH y SIDA. El SIDA es el desarrollo de la enfermedad debido a la multiplicación del virus del VIH que ataca el sistema inmunitario, por lo que bajan las defensas y empiezan a aparecer diversos síntomas de enfermedades que normalmente el cuerpo con un sistema inmunitario sano es capaz de defenderse sin problemas.

Los exámenes de sangre indicaban que la carga viral, es decir la cantidad de virus en la sangre era de más de 1.000.000 y sobre 50.000 ya se consideraba que la infección había pasado a SIDA. El otro indicador, la cantidad de células CD4 que son las responsables del sistema inmunitario que el virus del VIH ataca y elimina había bajado a 50, siendo 500 lo normal. En otras palabras, Leonel se estaba muriendo.

En cualquier momento podía aparecer algún agente patógeno, hasta un virus de la gripe y ser mortal debido a sus escasas defensas.

También era muy probable que se declarara algún tipo de cáncer.

Si se hubiera diagnosticado antes de llegar a este estado tan crítico, no sería tan grave, ya que actualmente hay medicamentos muy eficaces en mantener al mínimo el virus del VIH en el cuerpo y evitar que se transforme en SIDA. Pero Leonel había pasado casi un año visitando diferentes médicos particulares y ninguno fue capaz de diagnosticarlo y ni siquiera incluir un examen de VIH en los exámenes de sangre que solicitaban. Realmente le dio mucha rabia y también sorpresa que los médicos particulares que había consultado prácticamente ignoraran esta posibilidad con los síntomas tan evidentes que tenía: diarrea crónica, sudoración nocturna, baja de peso, manchas en la cara...

A cuántas personas les habrá pasado lo mismo que a mí, pensó.

En cambio, apenas estuvo cinco minutos con el médico del centro de salud rural, un médico joven, funcionario público de la salud, para que al escuchar los síntomas detectara lo que le pasaba.

El médico le explicó que esta enfermedad estaba incluida en el programa de salud pública estatal y que los medicamentos y los controles se entregaban en forma gratuita en el hospital y que el tratamiento debía iniciarse de inmediato. Este consistía en tomar una pastilla todos los días por el resto de su vida y que debía empezar a sentirse mejor a los pocos meses de iniciado el tratamiento.

Repentinamente Leonel pasó de ser una persona “normal”, trabajador, profesional, padre de familia, deportista... a un “sidoso”, término que la mayoría de la gente asocia con alguien vicioso, drogadicto, antisocial.

Él que se jactaba de no enfermarse nunca, que jamás había pisado un hospital y ahora tenía un virus dentro de su cuerpo para siempre, que lo acompañaría hasta su muerte, si es que no la ocasionaba este mismo virus. Tendría que estar yendo al hospital a controles, a buscar los medicamentos, en fin, tendría que visitar el hospital al menos una vez al mes, y eso si todo iba bien.

Por lo mismo decidió contárselo a muy pocas personas, sólo a sus amigos y familiares más cercanos que lo habían estado acompa-

ñando en este proceso y que ahora tenía nombre: SIDA. Menos de diez personas supieron la verdad. A los demás les contó de una infección que por fin se la habían detectado y tratado. Nada más. Leonel se dio cuenta que esta enfermedad era muy poco visible. Nadie de sus amigos y familiares cercanos pensó nunca en esta posibilidad. Algunos pensaron que podría tener cáncer y otras enfermedades raras, pero SIDA nadie, ni él mismo.

La mayoría de las personas ven a esta enfermedad como algo lejano y poco probable de que se contagien, que jamás les podría ocurrir algo así.

A la primera persona que Leonel le contó fue a su esposa. Llevaban casados 10 años.

Fue tremendo. Susana tuvo un ataque de llanto y desesperación. No lo podía creer. ¿Acaso ella también tendría SIDA? ¿La habría contagiado, o ella a Leonel?

Habían pasado años antes por un período de inestabilidad matrimonial y ambos habían tenido relaciones con otras parejas y quizás ahí se podrían haber contagiado.

El examen de Susana de VIH resultó negativo. Ella no tenía el virus. Entonces surgieron las preguntas obvias:

¿Quién contagió a Leonel? ¿Cómo, cuándo y dónde?

¿Acaso era homosexual y ella nunca lo supo?

—Para empezar, soy heterosexual y no he tenido relaciones homosexuales, le aseguró Leonel. Cosa que ya había consultado con el médico especialista. El mismo médico le dijo que se podría haber contagiado hace tres años, o cinco, o diez o tal vez más...

Es decir, que si había tenido algunas novias y amigas con quien intimó Leonel antes de casarse, también eran candidatas de haberle transmitido el virus. Era casi imposible descubrir con quién y cuándo se había contagiado. Tampoco había sabido de ninguna de sus anteriores parejas que se hubiera enfermado y obviamente no lo iban a estar contando por ahí para que todos se enteraran.

Después de un tiempo de darle mil vueltas a este tema, Leonel decidió que no tenía sentido seguir con eso ya que tampoco ayu-

daba en nada. Es decir, no sabría nunca quién lo contagió, cuándo y dónde ocurrió.

La consecuencia en el matrimonio fue terrible. Susana no quiso saber más nada de él. Primero, por el riesgo de contagiarse y por rabia y resentimiento por haberle sido infiel, aunque podría haberse contagiado incluso antes de casarse y no haberse activado el virus hasta muchos años después. Tal como se lo había comentado el médico, existía esa posibilidad.

También se había instalado la duda de su sexualidad. No soportaba la idea de que hubiera estado casada con un homosexual y no haberse enterado. A pesar que Leonel le aseguró que no, quedó la incertidumbre en su corazón.

Susana lo abandonó y el matrimonio terminó bruscamente ahí, aunque fue lo bastante comprensiva para decirle que no se lo contaría a nadie y que podía quedar tranquilo en ese aspecto. Claro que también lo hacía por ella misma, para no tener que dar explicaciones y no herir su orgullo de mujer.

Comenzaba una nueva etapa para Leonel. Había perdido su condición saludable de toda la vida que tanto lo enorgullecía. Había perdido su esposa y su matrimonio repentinamente. También perdería muchos amigos y amigas si se enteraban. Perdió la confianza en sí mismo y enfrentó la enfermedad prácticamente solo. Muy pocas personas supieron la verdad de lo ocurrido. Su hermana y su hermano fueron sumamente importantes en este proceso por su apoyo incondicional y su confianza.

Si le hubieran diagnosticado algún tipo de cáncer, sus amistades y familiares habrían cerrado filas solidariamente alrededor de su persona para apoyarlo, ayudarlo en lo económico, acompañarlo en el proceso. Pero con el SIDA ocurría lo contrario. Era mejor que la menor cantidad de personas lo supieran y enfrentar prácticamente solo lo que se venía por delante. Tener SIDA era muy mal visto y peligroso para los que estaban en su entorno. La estigmatización de esta enfermedad sigue vigente, sobre todo en las personas mayores.

Desde que se tuvo conocimiento de esta enfermedad, en 1981,

han muerto más de cuarenta millones de personas. Recién hace veinte años se comenzó a probar algunos medicamentos que actualmente logran mantener el virus en su mínima expresión y con tratamiento son muy pocas las personas que mueren. Si Leonel se hubiera enfermado hace veinte años habría muerto, como tantas personas anteriormente. Todavía en países pobres, principalmente en África, mueren en cantidades alarmantes por falta de medicamentos. Leonel se sintió agradecido de vivir en un país donde tenía acceso a los medicamentos y además el estado se los proporcionaba en forma gratuita, así como los controles y seguimiento médico.

A los tres meses de iniciado el tratamiento, tomando todos los días la pastilla, Leonel se sentía bastante recuperado. Cesaron las sudoraciones nocturnas, tenía más energía, se le cortó la diarrea y se sentía digamos en un 80% de su capacidad normal.

Comía con ganas y estaba subiendo de peso. A los seis meses estaba prácticamente al 100% de su condición normal. Le resultó sorprendente que fuera tan rápida la recuperación, después de haber estado al borde de la muerte. Había recuperado su peso normal y su ánimo.

En el hospital le seguían tomando diferentes exámenes para revisar si producto de las bajas defensas se podían declarar otras enfermedades oportunistas. Se temía de algún posible cáncer que pudiera aparecer.

Leonel se sentía bastante bien en el plano físico y ya no tenía malestares, pero otro aspecto comenzó a cobrar fuerza: el psicológico.

Si bien había bajado su carga viral en la sangre y recuperado un poco su sistema inmunitario, era un “contagioso”, que podía transmitir el virus otras personas a través de relaciones sexuales.

Este virus ataca lo más íntimo de una relación de pareja: la sexualidad. Para evitar contagiar a la pareja y persona que se ama hay dos posibilidades: tener relaciones con preservativo o no tener relaciones. Incluso con preservativo existe el riesgo de contagiarse. Lo más seguro es no tener relaciones hasta que la carga viral se haga indetectable producto del tratamiento con los fármacos, lo que ocurre normalmente después de un año. Pero queda la sombra del contagio.

Ya no es lo mismo la relación sexual y es muy posible que la pareja tenga temor y no quiera hacerlo, lo que es totalmente comprensible. Y así se rompe la confianza y el vínculo en una relación, en la gran mayoría de los casos.

Si encuentras una nueva pareja ¿le dirás que tienes el virus del VIH? ¿Cuál será la actitud que tomará esa persona si le dices la verdad? ¿Es indispensable informarle de esto o callarlo? Dificiles preguntas que te hacen sentir mal, que ya no tienes derecho a amar y tener sexo con la persona que amas, eran algunas de las reflexiones que se hacía Leonel.

Hicieron muchos exámenes después de diagnosticarle el SIDA. Scanner, radiografías, resonancias, exámenes de sangre, etc. para revisar si surgía algún problema asociado al período de bajas defensas en que había estado más de un año. Llevaba siete meses de tratamiento y en uno de los controles, el médico le dice: nuevamente te tengo que dar una mala noticia. Los exámenes dieron positivo al bacilo de la tuberculosis: tienes esta enfermedad que se activó por tus bajas defensas y era algo muy probable que ocurriera. Mucha gente tiene esta bacteria, pero está en forma latente y nunca se activa a no ser que bajen mucho las defensas, como es tu caso, que estabas con tu sistema inmunitario debilitado.

El tratamiento consiste en tomar antibióticos específicos todos los días durante un período de nueve a doce meses. Pero las pastillas hay que venir a tomarlas al consultorio, le comentó el médico. No se entregan al paciente, ya que es una enfermedad controlada y se toman bajo la presencia de alguna enfermera o enfermero del consultorio. Es decir, tienes que acudir todos los días de lunes a viernes, incluyendo feriados, al consultorio durante al menos nueve meses para cumplir con el tratamiento. Esto significaba que Leonel no podía viajar más que el fin de semana. Y además es una enfermedad que por ley hay que cumplir con el tratamiento. No es voluntario. Es obligación ante la Ley de salud pública que se someta al tratamiento.

Fue un golpe duro para Leonel, que creía que ya se estaba recuperando...

Muchas veces Leonel había escuchado o leído que la vida es frágil, que hay que vivir el momento, que cada día puede ser el último de tu vida y por eso hay que vivirla intensamente.

Ahora que lo había experimentado habría que agregar que además de vivir intensamente, hay que vivirla responsablemente. Que hay que cuidarse de esta enfermedad. Que tal como él, que jamás ni siquiera imaginó que pudiera contagiarse de este virus y menos llegar a SIDA, que cualquiera puede infectarse y una vez que se introduce el virus en el cuerpo es para siempre.

Ahora Leonel vive el momento más intensamente. Piensa que en cualquier momento se le puede declarar una nueva enfermedad, como un cáncer. Pero ¿quién está libre de enfermar de esto? Ha tenido varios familiares y amistades que han fallecido por cáncer.

Y también es muy probable morir en un accidente de tránsito. Siempre había pensado que ese sería su destino, ya que se había salvado tres veces por poquito. Muchas son las personas que han fallecido por esta razón estando completamente sanas. O en manos de algún delincuente que por robar unas pocas pertenencias pone fin a tu vida en plena calle o en tu misma casa.

Así que cuando muera alguien dirá: falleció después de una larga enfermedad.

¡Aunque pensándolo bien la vida es una larga enfermedad que termina inevitablemente en la muerte!

Hoy Leonel vive el aquí y el ahora, pero además lo hace responsablemente. Ese ha sido su aprendizaje y ese es también el mensaje que quisiera transmitir a hombres, mujeres y principalmente a los jóvenes.

Las personas contagiadas con este virus han ido aumentando estos últimos años, no solo en Chile, en todo el mundo, porque es una enfermedad silenciosa, invisible, que nadie quiere hablar de ella ni menos dar a conocer si se han contagiado y se ha instalado para siempre en sus cuerpos y corazones. Es una enfermedad que puede llevarlas al aislamiento, a la soledad y alejarlas del amor.

Pero también es una oportunidad para demostrar quienes son aquellas personas incondicionales que te apoyan en las circuns-

tancias más difíciles y te sorprenden con su entrega y amor, que te acompañan y se transforman en tus nuevos amores para compartir una nueva vida.

Una vida más transparente y luminosa. Una vida para vivirla intensamente y de manera responsable.

Mayo 2023

## UN PASEO A LA ETERNIDAD

**E**se día domingo en la mañana amanecí con ganas de ir a caminar al cerro, lo que hace tiempo había estado postergando. Rápidamente preparé la mochila con algo liviano para comer, una botella con agua y partí. Me siguieron los perros, pero quería caminar solo, así es que los hice devolverse. Sin embargo, el Vinche y la Sara aparecieron después de un rato. Me habían estado siguiendo sin que me diera cuenta y ya no había forma de hacerlos volver, por lo que me resigné a caminar con ellos. Después de todo, Vinche era como mi sombra y me seguía a todas partes y siempre me acompañaba en estas caminatas. Este perro, de raza pastor alemán, ha sido el más fiel y querido de todos los perros que he tenido, que han sido muchos, porque desde que tengo recuerdos siempre he tenido perros, y varios al mismo tiempo. En cambio, Sara, que era hija de madre gran danés y padre desconocido, tenía un carácter más independiente y arisca.

Rápidamente subimos por detrás de la casa, ganando altura hasta llegar al cordón de cerros, desde donde se ve todo el verdor del valle allá bien abajo. A partir de ese momento el camino se hace más suave porque se va por la parte alta de pequeñas lomas, por un camino amplio y casi plano. Los dos perros me seguían o se adelantaban cuando escuchaban ruidos de codornices entre los matorrales y jugaban a espantarlas.

Luego de caminar alrededor de una hora y media, llegamos a una antigua mina abandonada, donde nos detuvimos a descansar un rato. Quedaba alrededor de una hora más de camino hasta llegar al final del cordón de cerros y desde allí quería ver si había alguna pasada para atravesar a la otra cadena de cerros, más alta, desde donde seguramente se vería el mar, aunque se veía bastante lejos como para caminarlo en el día. Después de descansar, seguimos caminando, siempre por la parte alta de los cerros, pero el camino ancho se acabó, ya que llegaba sólo hasta la mina. De ahí seguimos por senderos y huellas

de animales. De pronto se cerró el camino con matorrales y espinas y buscando la pasada llegamos a una pequeña quebrada con árboles grandes y un gran e imponente cactus a la entrada. Nuevamente descansamos unos instantes. Vinche se echó a la sombra de un gran quillay, mientras yo veía por donde nos convenía seguir. Finalmente, opté por devolvernos un trecho y volver a encontrar un sendero más transitable. Fue en ese momento cuando noté que el Vinche no venía con nosotros, pero no le dí mayor importancia. Pensé que tal vez quería descansar un poco más y ya nos alcanzaría. Sólo veía a Sara corriendo detrás de unas perdices que volaron asustadas.

Encontramos un nuevo sendero y seguimos caminando una media hora más, Sara y yo, hasta llegar finalmente al lugar donde termina el cordón y se divisa la otra cadena de cerros, que efectivamente estaba bastante lejos como para caminarla en el día. Habíamos logrado el objetivo del paseo y comenzamos el retorno, pero por otro camino, que resultó ser igual de escabroso que el de ida. No había vuelto a ver a mi perro Vinche y volvimos a pasar por la mina donde habíamos descansado la primera vez y le estuve silbando por si se había quedado por ahí, cosa difícil porque tenía muy buen olfato.

Después de un rato comenzamos con Sara el regreso a casa. Yo venía un poco preocupado por mi perro, pero en otra ocasión que habíamos venido a este mismo lugar él se fue persiguiendo unos caballos y llegó a la casa mucho después que yo, por lo que me tranquilicé y pensé que a lo mejor se había ido delante de nosotros.

Al llegar a la casa no lo encontré. Lo estuve esperando toda la tarde hasta oscurecer y observaba el cerro de vez en cuando por si lo veía aparecer, pero no llegó.

Al día siguiente, después de comprobar que aún no llegaba, salí a buscarlo. Primero fui en camioneta a la Quebrada del Ají, hasta llegar a los pies del cerro hasta donde habíamos caminado el día anterior. Subí ese cerro y desde allí silbé y lo llamé, pero sólo se escuchaban pájaros. Tal vez podría haber bajado por el otro lado, hacia Rautén Bajo, así es que salí a buscarlo en camioneta por si lo encontraba, pero tampoco lo hallé.

Al otro día, ya habían transcurrido dos días, decidí volver a hacer el recorrido completo de la primera vez, por si acaso se hubiera accidentado y estuviera en el camino, pero a esas alturas ya intuía que algo raro había pasado. Vinche debería haber vuelto, aunque tuviera una pata rota.

Caminé con el convencimiento que tenía que ir directamente hasta el lugar donde habíamos descansado en la quebrada con el cactus grande, donde recordaba haberlo visto la última vez, que se había echado bajo un frondoso árbol. Si no estaba allí, estaría perdido y habría bajado hacia Rautén bajo o a la Quebrada del Ají, y volvería a buscarlo hasta encontrarlo.

Esta vez me aseguré de salir solo, sin ningún perro. Caminé más rápido que el día anterior observando por todo el camino y silbando por si me oía mi perro y ladraba, si es que le había pasado algo o estaba accidentado. En una hora y media me encontraba frente al gran cactus que dominaba la quebrada.

Cual sería mi sorpresa cuando al mirar bajo el árbol donde se había echado mi perro, allí mismo se encontraba... muerto. No podía entender qué había pasado.

Ese día habíamos caminado apenas dos horas hasta llegar a ese lugar. En ningún momento lo vi tan cansado o en malas condiciones. No se notaba que hubiera quedado agonizando y tampoco tenía signos de heridas o alguna parte del cuerpo dañado. Parecía que había muerto de manera fulminante.

Al estar ahí con él, no sentí pena, lo que me extrañó, ya que fue un compañero magnífico y leal. El único perro con el cual he tenido ese grado de compañerismo y comunicación. Durante sus cuatro años de vida fue un compañero inseparable.

No podía entender qué es lo que había pasado y me devolví, después de cubrirlo lo que más pude echándole tierra de hojas y ramas sobre su cuerpo, con un sentimiento raro de que algo faltaba por entender. Había una pieza suelta que no encajaba. La única respuesta que se me ocurría es que le había dado un ataque al corazón, pero no me convencía.

Ese día en la tarde pasó algo curioso, que fue como la primera señal. Apareció un picaflor gigante revoloteando y cantando alrededor de la casa. Estuvo toda la tarde como queriendo entrar y después se fue al cerro y no apareció más. A lo mejor es el espíritu de mi perro pensé, no muy convencido.

A medida que pasaban los días, se me fue aclarando lo que había pasado realmente en el cerro, hasta que repentinamente supe lo que había sucedido. Era una certeza total. La pieza suelta que no encajaba estaba en su lugar.

Me di cuenta que lo que hizo Vinche era algo asombroso, que coincidía plenamente con su forma de ser, su lealtad y su entrega total. Supe que había muerto allá en lo más alto de esos cerros porque era su forma de quedarse para siempre con nosotros, de inmortalizarse y dejar que su espíritu permaneciera para siempre en este lugar, velando por nosotros, bajo su protección. Se adueñó del lugar con su espíritu para siempre. Se había transformado en un “Espíritu Guardián”

No cabía duda. No podría haber muerto de cansancio por caminar dos horas. Estaba en el esplendor de su vida, con apenas cuatro años de edad. Era un perro fuerte y corpulento.

Vinche había hecho ese día un viaje a la eternidad, un gesto asombroso, hasta el punto de entregar su vida para darnos su protección eterna.

Dejó su espíritu en estos cerros cerca de la casa para así poder estar cerca de todos nosotros y lo hizo en el momento en que tenía que ser, en el esplendor de la vida. Marcó en forma definitiva su territorio, fundando un linaje para que continúen con su senda, un linaje de perros con una historia de amor y entrega total.

Ahora que he entendido, me siento tranquilo y agradecido de su sacrificio y me explico por qué no sentí pena al momento de encontrarlo.

Mi perro Vinche demostró ser mucho más que un perro fiel y noble. Nunca podré olvidarlo y su espíritu siempre estará presente porque así él lo quiso, al trascender desde perro guardián a Espíritu guardián.

El último paseo con Vinche resultó ser una entrega total, un Paseo a la Eternidad.

Marzo 2011

## LA REINA COLORINA

**M**i nombre es Ñenko y acabo de completar mi primera peregrinación por el Río Sagrado. Había esperado ansioso poder cumplir veintiún primaveras para poder hacerla y es lo que les quiero relatar ahora.

Vivo en un hermoso lugar en el valle central, entre las montañas y el mar, en la cordillera andina, rodeado de bosques y ríos que bajan cantando desde las altas cumbres hacia el mar. Ya cumplí veintiún primaveras y en mi cultura los años se cuentan de acuerdo a las primaveras que has vivido.

Hay una costumbre muy antigua en mi pueblo que es un ritual que sólo pueden realizar los que ya han cumplido esa edad y que casi todos los habitantes de mi tierra lo hacen al menos una vez en la vida. Algunos lo han hecho varias veces, mientras a otros los alcanza la muerte antes, sin haber cumplido este rito.

Este consiste en hacer una peregrinación remontando a pie, por la orilla del río en todo su recorrido que atraviesa nuestro valle, comenzando desde la orilla del mar, donde vierte sus caudalosas aguas, hasta llegar a su origen en las altas montañas de la cordillera. El Río Sagrado, tiene un profundo significado para nuestro pueblo ya que es el responsable de nuestra abundancia y hace posible nuestras vidas con sus aguas que nos alimentan y riegan nuestros cultivos.

Por eso le hacemos este homenaje con la peregrinación que tiene algunas condiciones: se debe hacer en primavera, cuando los hielos de las montañas comienzan a descongelarse y el río aumenta su caudal y toda la vida empieza a florecer en un nuevo ciclo, de manera de poder observar durante el recorrido cómo crecen las diferentes plantas y hierbas, cómo florecen arbustos y árboles de los bosques, ver a las aves anidando y todos los animales creciendo y reproduciéndose. Observar la tierra y la gran cantidad de insectos que la pueblan y que vuelan alrededor, fijarse como cambia el paisaje desde la costa hacia las montañas,

a medida que se va ascendiendo por el valle y la cordillera. También se debe realizar sin compañía esta peregrinación, para durante el trayecto estar en contacto más íntimo con la naturaleza y poder entender el significado de todo lo que vamos observando y experimentando, sin distraernos en conversaciones. Así también es un viaje hacia nuestro interior que nos permite meditar y conocernos mejor.

No hay una fecha exacta para iniciar la peregrinación, sólo en primavera. Lo ideal es realizar este viaje durante veintiún días, ida y vuelta y partir con luna nueva para llegar donde nace el Río el día once con luna llena. Claro que hay personas que lo hacen en menos días y otros demoran más, pero eso es ya cosa de cada uno.

Durante el ascenso hacia la montaña se observan y experimentan diferentes emociones que, al regreso, cuando se va descendiendo desde la montaña al mar, con los conocimientos adquiridos en la primera parte del viaje se percibe la naturaleza de otra manera, y así se completa un ciclo. Desde el nacimiento del río en las altas montañas hasta derramarse en el mar.

Comencé entonces mi peregrinación desde la costa, donde el río funde sus aguas con las del mar en la desembocadura, formando un hermoso humedal que se llena de aves y animales acuáticos y una vegetación característica muy diferente a la que yo conocía del valle. Elegí un día de luna creciente para que me acompañara en mi viaje y en las noches iluminara mis sueños al dormir.

Así, durante once días caminando solo, al comienzo por caminos amplios y después por senderos cada vez más estrechos y pedregosos, atravesando bosques muy tupidos de vegetación y pedregales, me fui acercando poco a poco a las altas montañas, que se veían cada vez más cerca. En el último tramo tuve que pasar por varias quebradas y roqueríos, en algunas partes arrastrándome para no caer de los altos precipicios hasta llegar a un lugar donde el río no era más que un pequeño riachuelo que se podía atravesar de un salto al otro lado.

En la tarde del día once, llegué a un lugar increíble, rodeado por altos farellones de roca que encerraban una pequeña laguna donde caía un chorro de agua que nacía directamente de la pared rocosa. ¡Yo

no podía creer lo que veía!: ahí nacía el río, directamente de la roca en la alta montaña. La humedad que se generaba en el lugar hacía posible que crecieran gran cantidad de plantas en las rocas y alrededores, creando una especie de gruta vegetal por donde apenas se filtraba la luz del sol durante unas pocas horas al día.

Esa noche de luna llena estaba solo, no había ningún otro peregrino en el lugar y sólo me había topado con unos pocos durante el trayecto en los días anteriores, pero que venían de regreso y no intercambiamos palabras, ya que caminaban por la otra orilla del río.

Esa noche, mientras agradecía a la luna su presencia y disfrutaba de la paz y el sonido de la cascada que fluía de la roca hacia la pequeña laguna, hice una fogata para calentar agua y comida.

De repente noté una presencia. Alguien se acercaba caminando hacia el lugar donde yo estaba, tal vez atraído por el fuego. Era un hombre mucho mayor y tenía el aspecto de un viajero. Pensé que también era un peregrino como yo, que venía a conocer el nacimiento del río. Pero parecía de otro lugar, no de mi pueblo.

Al acercarse me preguntó respetuosamente si podía sentarse al lado del fuego y le pregunté si estaba haciendo su peregrinación también.

Me contó que hace muchos años recorría la cordillera de sur a norte y de este a oeste buscando la Comarca de la Reina Colorina. Me preguntó si yo había oído hablar de ella. Yo nunca había escuchado de una Reina Colorina y ni siquiera había visto alguien, como me contó él, con el pelo color rojo. Todas las personas que yo conocía tenían el pelo negro.

Su historia me pareció extraña y misteriosa. Me contó que él había nacido mucho más al norte, también en la cordillera andina. En su pueblo también hacían peregrinaciones para honrar sus dioses en las altas montañas. Cada montaña tiene su nombre y su historia. Y también los cerros más pequeños, las quebradas, las rocas y cada lugar, porque es la forma de conocer el terreno que habitan y todos los lugares son sagrados y respetados.

Así como yo había salido en mi primera peregrinación, él también salió joven en una excursión a las altas montañas que rodeaban su pueblo. Atravesó muchas cumbres y valles para tratar de alcanzar la montaña más alta y sagrada de todas, pero en algún momento se extravió y perdió el rumbo y anduvo varios días caminando sin saber por dónde iba, hasta que de repente se encontró en un pequeño valle rodeado de montañas, que se veía habitado y decidió visitarlo para preguntar dónde se encontraba y poder orientarse.

Apenas llegó al poblado sintió que las personas parecían ser muy tranquilas y amistosas, se veían felices, cada una trabajando y haciendo sus labores con mucha alegría. Había una armonía en el lugar que notó de inmediato y preguntó a un par de mujeres jóvenes que estaban cosechando verduras de la huerta, cuál era el nombre del lugar. Le dijeron que todos la conocían como la Comarca de la Reina Colorina y que era muy raro que llegaran extranjeros al lugar.

Cuando preguntó por las montañas que buscaba y cómo regresar, le dijeron que no conocían otro lugar. Nunca habían salido de la Comarca y no conocían otros pueblos. Les preguntó a varias personas, algunas mayores pensando que tendrían más experiencia y conocerían otros lugares, pero todos le decían lo mismo: habían vivido toda su vida en esa Comarca y en muy raras ocasiones aparecían forasteros como él, que al poco tiempo se marchaban.

Y siguió relatando: Me dediqué a recorrer la pequeña Comarca y conversar con la gente para conocer el lugar. Encontré rápidamente donde alojar, ya que las personas eran muy hospitalarias y agradables y se alegraban de poder ayudarme.

Así supe que la Comarca era gobernada por la Reina Colorina, que todos querían muchísimo y que era la responsable de la armonía que existía en el lugar.

Esta Reina, efectivamente tenía el pelo casi rojo, más bien color cobre, cosa que nunca había visto antes. Vivía en un pequeño castillo de piedra rodeada de un grupo de personas que la ayudaban en sus labores y en la administración de la Comarca.

Durante las mañanas la Reina salía a caminar con un grupo de ayudantes y así observaba como se realizaban las faenas, las siembras y cosechas, los nuevos nacimientos y toda la actividad de la Comarca. Algo curioso era que no hablaba de los problemas que podían tener las personas o conflictos, sólo saludaba. Cuando alguna persona quería hablar con ella de algo importante o solucionar un conflicto con otro habitante, un secretario que siempre la acompañaba le anotaba una cita con la Reina para una próxima fecha. A veces podían transcurrir meses de espera si la lista era muy larga, pero la Reina nunca se negaba a recibir a cualquier habitante que lo solicitara.

Desde el mediodía hasta la puesta de sol la Reina Colorina atendía las personas que tenían cita programada, como dije, a veces con meses de antelación. Para esta actividad tenía una sala especial amplia y enteramente decorada y alfombrada en forma muy cálida, con mantas en las paredes y otras mantas en el piso para sentarse. Cuando recibía a alguien nunca había otra persona presente, ni sus guardias y siempre entraban de a uno. Si existía un conflicto entre dos personas, ya sea por terrenos, distribución de alimentos o problemas conyugales, siempre pasaban uno primero y el otro después. Esto era una regla que siempre se cumplía. Al centro de la sala estaba la Reina en una gran plataforma llena de mantas, almohadas y cojines muy blandos, donde estaba sentada para recibir a las personas.

Era muy curioso la forma como atendía la Reina a los que acudían allí. Ella estaba desnuda y sólo se cubría con algunas mantas en forma ligera su cuerpo. Cuando entraba la persona y se cerraba inmediatamente la puerta tras de sí, la Reina le pedía, ya fuera hombre, mujer, joven o anciano que se acercara y le contara de su problema. Para eso los invitaba a sentarse en la misma plataforma donde ella estaba. Al encontrarse sus miradas, la persona sentía una sensación indescriptible: su frondosa cabellera colorina hacía un hermoso contraste con sus ojos color verde intenso, que además tenían pequeños puntos rojos en sus pupilas que le daban a su mirada una sensación de tranquilidad, serenidad y sensualidad casi erótica a las personas, sintiéndose acogidas y una gran paz y relaxo les inundaba el corazón.

Así, podían contar sus problemas con entera confianza y transparencia. La Reina escuchaba tranquilamente lo que tenían que decirle y después invitaba a la persona a que se acomodara al lado de ella. Se sacaba su manta quedando completamente desnuda e invitaba a su acompañante a desnudarse también si quería. Entonces comenzaba un ritual de caricias y masajes y también muchas veces de sexo entre la Reina y la persona, que se sentía completamente embrujada por la belleza y sus caricias.

Pero ¿qué edad tenía la Reina?, pregunté.

El viajero me contó que la Reina tenía una edad indefinida, pero claramente estaba en su mejor edad, donde irradiaba toda su belleza y más aún al yacer desnuda rodeada de mantas de colores en su plataforma. Con esto la persona que acudía a la cita se iba completamente satisfecha y de acuerdo con los consejos de la Reina. Muchas veces hasta olvidaba hablar de sus problemas y hasta olvidaba la razón por la cual había acudido. De esta curiosa manera la Reina Colorina mantenía a los habitantes de su Comarca alegres y contentos y evitaba conflictos. Yo mismo, en una ocasión pedí cita con la Reina, ya que quería preguntarle sobre su origen y que me pudiera orientar por dónde tenía que volver para salir de la Comarca y llegar a mi pueblo, ya que nadie me lo había podido informar.

Cuando llegó el día y hora de mi cita, apenas entré a la sala real y se cerró la puerta sentí una intensa sensación de placer que me recorrió todo el cuerpo. La Reina me pidió que me acercara y me sentara en la plataforma. Mientras se sacaba la hermosa manta y quedaba completamente desnuda me pidió que si quería podía hacer lo mismo. Al quedar desnudo y mirar sus ojos, me perdí completamente. Ya no supe qué preguntar, sólo sentir sus caricias y besos y después su ardiente sexo que me dejó completamente embriagado. Sólo al final, cuando ya me iba, con mi mente totalmente en blanco y un éxtasis en todo el cuerpo, me mencionó la Reina un lugar por entre dos grandes rocas que tenía que buscar y salir por ahí si quería volver a mi pueblo.

El viajero me contó que después de buscar durante tres días el lugar entre las dos rocas que le había mencionado la Reina, lo encontré

y atravesó el portal caminando en busca de un sendero que lo llevara de regreso para volver a su pueblo.

Cuando por fin después de semanas de vagar por cordilleras y valles logré encontrar el rumbo y regresar a mi pueblo, ya era otra persona. Algo dentro de mí no se conformaba y tenía una sensación de vacío. Necesitaba volver a ese lugar.

Así se decidió volver a aquella Comarca y que desde entonces vagaba por la cordillera andina en todas direcciones buscando la entrada y que llevaba años, toda su vida, tratando de encontrarla. Cuando se topaba con otro viajero, le preguntaba sutilmente si había estado alguna vez en la Comarca de la Reina Colorina o había escuchado de ella, pero la respuesta era siempre la misma. Nadie conocía aquel lugar, terminó de relatar el viajero.

En algún momento me quedé dormido y desperté al amanecer, con los primeros rayos del sol alumbrando mi cara, justo en el momento en que el viajero ya estaba caminando, alejándose del lugar. Entonces le pregunté si ya se iba.

Sigo mi camino y mi búsqueda, amigo, respondió.

Y cuando ya se hacía pequeña su figura, recordé que no le había preguntado ni siquiera su nombre. Entonces le grité: amigo viajero, ¿cuál es tu nombre?

—Me llaman Yupay Mosqoy, me contestó y haciéndome una seña con la mano se perdió detrás de unas rocas.

Septiembre 2021

[Yupay Mosqoy: “narrador de sueños” en lengua quechua].

## UNA MAÑANA DE OTOÑO

Sucedió una mañana de otoño. Estaba en ese lapso de tiempo en que la conciencia todavía no regresa al cuerpo. Dormido, pero despertando lentamente. Con un poco de frío a esa hora en que comienza a clarear el día.

Empezaba a despertar, pero algo raro percibía a medida que mis sentidos volvían a mí después de una noche tranquila.

Sí, algo raro había en este nuevo despertar. Mientras comenzaba a vivir un nuevo día, escuchaba un ruido, un rumor fuerte en el ambiente, en todas partes alrededor.

Mi casa es pequeña. Vivo en el campo, donde trabajo con mis abejas. En el día me deleito con la presencia y los cantos de gran cantidad de pájaros que viven en este lugar y donde las tencas sobresalen con sus bellas melodías. Por las noches, las aves nocturnas como tucúqueres, chunchos y lechuzas llenan el silencio nocturno con sus llamadas de advertencia y territoriales. En noches de luna llena en primavera se escuchan los zorros con sus llamadas para emparejarse, formar familia y reproducirse. El Río Aconcagua me separa de la ciudad de Quillota.

El sonido venía de afuera, pero no era algo conocido.

Me alarmé cuando sentí que era como un ruido subterráneo, anunciando un temblor o terremoto. Recordé esa noche de febrero de 2010 cuando el fuerte terremoto hizo que mi cama se desplazara de un extremo a otro de la pieza, escuchando cómo se caían los objetos y se quebraban con estrépito y yo sin poderme levantar por el fuerte movimiento y pidiendo a gritos que parara de una vez esa locura.

De golpe me desperté ante el temor que viniera un nuevo sismo y me puse bien atento. Esperé alerta que viniera el remezón, pero no pasó nada. Seguía el ruido pero no era lo que en un comienzo creí. Esto era diferente.

Parecía el sonido del tren que a veces he sentido en mi casa algunas noches tranquilas y silenciosas. Aunque pasa bastante lejos, al otro lado de la ciudad, se escucha su paso. Es el tren de carga que viene desde la Fundición de Chagres, con el mineral extraído desde el corazón de la cordillera, hacia el Puerto de Ventanas y Quintero, que pasa por Quillota con destino a puertos lejanos en otros continentes. Pero el sonido del tren es distinto, es como el de un reloj antiguo repitiendo siempre las mismas palabras. Y el ruido que ahora sentía era como un murmullo sin orden, como un clamor que venía de todos lados.

¡Está lloviendo! pensé y me puse contento, ya que donde vivo el agua se ha vuelto muy escasa por la prolongada sequía de más de diez años. Es el sonido del agua en el techo, en las hojas de los árboles, en el bosque nativo que rodea mi casa, en el suelo seco que agradece la primera lluvia de la temporada. ¡Ese sonido será el Río Aconcagua que viene cargado de agua con su revolcar de piedras!

Me vinieron a la mente los recuerdos de esas lluvias torrenciales de años atrás. Yo llevaba dos o tres años viviendo aquí y llovió una semana entera. El río acumuló tanta agua que dañó el puente que hay que atravesar para poder llegar a mi casa. Quedé aislado durante varios días de la ciudad. Estas subidas de río ocurrían cada diez años o más según la gente antigua que tiene memoria de los tiempos pasados en la zona.

El lecho del río se había ido achicando de a poco con los años, hasta no ser más que un arroyo que corría por el centro donde antiguamente pasaba su gran caudal. Además, como esta es una zona agrícola, desde el comienzo del valle del Aconcagua, en la cordillera, se le va extrayendo el agua para regadío y por Quillota apenas pasaba un hilo de agua en verano, si es que no se secaba por completo.

Se le fue perdiendo el respeto al río.

La ciudad de Quillota mira hacia las montañas por donde asoma el sol por las mañanas, donde destacan las siluetas de los cerros La Campana y La Campanita. Quillota le da la espalda al río. Las personas que aquí viven no consideran al río como algo vivo, importante y valioso para la ciudad. Sólo sirve su lecho seco para extraer áridos

o botar basura. Los habitantes le han perdido el respeto al río, construyendo algunas casas en el mismo lecho seco. Algunos agricultores aprovecharon para expandir sus terrenos agrícolas, cercando con postes y alambre sus nuevas tierras usurpadas al río.

No sólo las personas habían ido colonizando el río. El lecho se llenó de arbustos y árboles, que se desarrollaron con los años cubriéndolo con una variedad de colores, donde se podían apreciar infinidad de tonos verdes. Junto con la vegetación, llegaron aves y animales silvestres que prosperaron en este nuevo hábitat.

Pero esa lejana mañana, hace más de veinte años, sonaba como un estruendo, arrastrando casas, cercos, sembradíos, plantaciones, vehículos, animales y todo lo que encontraba a su paso, como vengándose de los usurpadores.

El retumbar del río provenía del agua tumultuosa que traía y de las piedras y bolones grandes que arrastraba, que sonaban como una melodía oculta detrás del estruendo del agua. Flotaban los árboles y arbustos que antes estaban reciamente enraizados en su lecho seco, limpiando su suelo ultrajado, hasta la desembocadura junto al mar donde entregaba toda la basura, árboles y ramas, restos de casas, vehículos, animales muertos y todo lo que se interpuso en su fiero recorrido.

La playa en la desembocadura del río en Concón quedó completamente tapada de escombros. No se veía la arena debajo de metros de todo tipo de materiales y restos vegetales.

Pero este ruido era distinto.

Me levanté de un salto y me asomé por la ventana. Sentía ese rumor fuerte que venía de todas partes, pero el cielo estaba despejado y el sol asomando por detrás del cerro La Campana, proyectando todavía su sombra en parte de la ciudad.

Abrí la ventana y sentí un olor que me hizo revivir otra situación que sucedió hace pocos años.

Recordé el sonido del crepitar de las llamas cuando fue el gran incendio que arrasó con los cerros que están por detrás de mi casa. Bosque nativo antiguo que fue consumido completo en pocas horas

por la voracidad del fuego. Lo más impactante del incendio fue para mí ese sonido, cuando empujadas por el viento las llamas se desplazaron arrasando con la vegetación. Ese crepitar de hojas, ese sonido al quemarse los árboles centenarios que es como un lamento y un llorar del bosque en su agonía y desesperación de morir en el mismo lugar donde han vivido y permanecido toda su vida.

El bosque estaba seco a finales de ese verano, aumentado por la sequía prolongada que estábamos viviendo.

Si bien mi casa no corría peligro y era un incendio forestal, pasó muy cerca. El viento dirigió el fuego hacia las colinas altas llenas de bosque nativo y las llamas subieron por las quebradas donde estaban los árboles más grandes y más viejos consumiéndolos rápidamente.

El fuego se dirigió en dirección contraria al río, como alejándose de él y buscando la altura de los cerros y colinas hacia el poniente.

Ese sonido fue lo más aterrador que he escuchado alguna vez.

Pero lo que oía ahora era distinto, no era aterrador, sino como algo enorme que se mueve lento y produce un ruido flojo al desplazarse.

Estaba intranquilo.

Salí de mi casa a caminar y sentí el viento fresco de la mañana, haciendo llover las hojas doradas de los grandes árboles de falsa acacia que crecen en la quebrada. Era hermoso ver caer miles de hojas que tapizaban el suelo, dejando las ramas desnudas y las formas de los árboles con sus troncos algunos bien rectos y otros retorcidos, buscando su espacio para crecer. Pero seguía escuchando ese rumor fuerte que no era el sonido del viento ni de las hojas al caer.

Caminé por el borde de la quebrada subiendo la colina. En la parte más profunda de la quebrada hay un pequeño bosque de pataguas, en esa época del año todavía floreciendo con sus flores blancas que cuelgan como pequeñas campanitas. Árboles nativos y gigantes que han logrado sobrevivir porque crecen donde siempre corre un poco de agua. Me divertí pensando a quién se le habrá ocurrido ponerle ese nombre a estos árboles, tan acertadamente, ya que crecen siempre con “las patas en el agua”: pataguas.

Subí finalmente a lo más alto de la colina desde donde se ve toda la ciudad y en días despejados se puede ver hacia el oriente el imponente Monte Aconcagua, la montaña más alta de la cordillera de Los Andes y de toda América.

En ese momento pasó un aguilucho volando y al levantar la vista al cielo para seguir su vuelo, vi bien arriba un avión que cruzaba hacia el poniente, seguramente lleno de pasajeros, con sus esperanzas y expectativas de un nuevo lugar donde vivir, trabajar o simplemente de vacaciones. Tal vez algunos regresando o escapando de su destino.

Detrás del avión, sentí el sonido como de un trueno, pero más apagado. Como si quisiera alcanzar al avión pero nunca lo logra y sólo va detrás de él para avisar de su presencia.

Desde la cima de la colina miré tranquilo la ciudad completa, ubicada entre el río y los cerros que forman el valle, con sus nuevas poblaciones hasta la misma orilla del lecho del río, protegidas por una muralla de piedras enormes.

El ruido que escuchaba desde temprano, ese rumor indefinido que me llegaba de todas partes se fue haciendo más nítido. Empecé a sentir claramente cada uno de los diferentes sonidos que lo componían, como cada uno de los instrumentos de una orquesta al tocar una sinfonía.

Sentí el abrir y cerrar de miles de puertas, de personas que van saliendo de sus casas al trabajo, de los automóviles que se ponen en movimiento, los llantos de los niños que se niegan a separarse de sus padres cuando los van a dejar al jardín. Los gritos de alegría y de alboroto al encontrarse compañeras y compañeros en un nuevo día que comienza en las escuelas, liceos y colegios.

Los motores que inician su jornada en las fábricas y constructoras. Los camiones que entran con frutas y verduras al terminal de productos agrícolas y los que ya se han desocupado y regresan en busca de otra carga, temprano para aprovechar el día.

Las máquinas y camiones extrayendo áridos desde el lecho seco del río, con su característico ruido como cascadas de piedras.

El ruido de los tractores en los campos, con sus plantaciones de frutales y hortalizas.

Las voces de miles de personas iniciando el día contando nuevas experiencias en sus trabajos. Las sirenas de ambulancias o bomberos abriéndose paso en el denso tráfico a esa hora temprano, avisando de alguna desgracia o tragedia.

La ciudad como un enorme animal despertando y poniéndose en movimiento.

¿Por qué este ruido que ahora escuchaba tan claramente y compuesto por sonidos bien definidos y familiares no lo había percibido antes y sólo esta mañana me llegaba su rumor como el sonido del mar en pleno temporal?

Miré con más atención y observé cómo había ido creciendo la ciudad en el tiempo que llevaba viviendo aquí, casi veinticinco años. Donde antes estaban las plantaciones de limoneros y paltos ahora había poblaciones con cientos de casas nuevas. Los potreros donde se cultivaban tomates, choclos, porotos y todo tipo de hortalizas, ahora formaban parte de la ciudad, que se expandía como un gigantesco animal devorando las tierras a su alrededor para incorporarlas a su enorme organismo con apetito insaciable.

Al frente mío, en la otra ribera, donde antes sólo veía el verdor de la vegetación nativa, la ciudad se había expandido hasta la misma orilla del lecho del río, llenándose de poblaciones de nuevas casas y nuevos vecinos.

Y ahora me llegaban los sonidos de toda la ciudad, como si hubieran ido creciendo de a poco hasta llegar un momento en que finalmente mis sentidos captaron de una vez todo ese bullicio que produce con su vitalidad.

¿Cómo se puede sentir así tan abruptamente de una sola vez el ruido de la ciudad por primera vez?

Tuvo que ir creciendo ese rumor lentamente, por años, arrastrándose por calles y potreros, atravesar el río, para finalmente llegar hasta el lugar que yo habito, desde donde ahora presenciaba este nuevo acontecimiento como un milagro o revelación.

Vi claramente que la ciudad crecía y que sólo el río le impedía llegar hasta donde yo la observaba, desafiante, manifestando mi voluntad de resistir y diciéndole: hasta acá no llegarás.

Y entonces, algo como un desgarró surgió de mi interior, un fuerte sentimiento que se transformó en un pensamiento y luego en palabras que volaron al viento espontáneamente y desde allí grité y lloré mi desafío, mi ruego y mi promesa a la ciudad:

¡Este lugar lleno de vegetación y bosque nativo, refugio de todo tipo de aves, insectos y animales silvestres, con su quebrada rodeada de bosque donde corre siempre un agua pura y transparente que brota de la tierra desde tiempos sin memoria, con su sonido cristalino que produce al transitar entre las piedras, permanecerá en el tiempo, libre de tu voracidad!

¡Este territorio que alberga espíritus ancestrales, por donde corre el viento libre y diáfano, donde la tierra es un mundo lleno de vida, jamás te pertenecerá!

¡En este momento solemne invoco al Río Aconcagua para que se interponga eternamente protegiendo este santuario de vida del cemento de la ciudad!

Y lloré un buen rato, en silencio, pidiendo con toda mi fuerza desde el interior de mi alma para que los espíritus del río, del valle y de las montañas escucharan mi ruego y protegieran este lugar.

Esto ocurrió una mañana de otoño.

Julio 2024

## ECLIPSE DE LUNA

**M**e apasionan los eclipses de Luna. No así los de sol, que hay que verlos con lentes especiales, son muy cortos, ocurren de día y la única vez que he presenciado un eclipse total de sol me produjo una sensación de tremenda tristeza, silencio y terror.

En cambio, los eclipses de Luna son nocturnos, se los puede observar a simple vista durante la noche, tranquilamente en un lugar cómodo y me embarga una emoción de que está ocurriendo algo poderoso, inmenso, mágico, sobre todo en el momento cuando vuelve aparecer la Luna una vez que la ha tapado la Tierra. Sólo en dos ocasiones he podido ver un eclipse total de Luna, y desde mi propia casa.

Así es que me puse muy contento, yo diría más bien eufórico, cuando supe que el viaje que teníamos programado con mi mujer por nuestro décimo aniversario de bodas, en un crucero por el caribe, iba a coincidir con un eclipse total de luna mientras estuviéramos navegando durante esa semana. Observar un eclipse lunar sobre el mar caribe, con la luna reflejándose en el mar era una situación excepcional. Me dije este es un regalo del cielo, una manifestación del Universo, un augurio de buena suerte, que las coincidencias no existen y en definitiva que era el mejor regalo y muy merecido además por nuestro aniversario. Claro que a mi mujer los eclipses de Luna le dan lo mismo y no comparte conmigo este fanatismo, pero también se puso contenta por mí y me dijo que por supuesto, que éste era un regalo del Gran Espíritu para nosotros.

El eclipse total de Luna en su clímax ocurriría a las 4:15 hrs del cuarto día de nuestro crucero, por lo que me programé para levantarme a las 3.30 y en cinco minutos caminar desde nuestro camarote o cabina hasta la cubierta del barco para poder presenciarlo desde la mejor ubicación que encontrara. A las 5:15 hrs ya estaría terminando el eclipse y podría volver a mi cabina a dormir. Mi mujer no se interesaba por levantarse y estar mirando la luna casi dos horas en plena noche

y me dijo que aprovechara a disfrutarlo, que una ocasión así rara vez se daba y no se volvería a repetir, pero que ella se quedaba durmiendo.

La noche del eclipse me levanté como tenía programado a las 3.30, sólo con un buzo, una polera y sandalias, ya que hacía una temperatura bastante agradable, más bien calurosa. Le di un beso a mi mujer en la mejilla a modo de aviso, pero no se dio ni cuenta, ya que dormía profundamente.

Salí de mi cabina, caminé por el pasillo y subí las escaleras desde el tercer piso y pasé por la pista de baile del quinto piso del crucero, donde un par de horas antes estaba repleta de gente bailando con una banda de reggae en vivo. Ahora estaba todo tranquilo, oscuro y vacío. Un poco más allá de la pista de baile había un sector con sillones y al cruzar por ahí, a mano derecha divisé dos personas recostadas en un sofá. Al pasar por el lado, me percaté que era una pareja de ancianos y la mujer estaba durmiendo en una incómoda posición, aparentemente ebria. En ese momento el señor me hizo una señal con la mano y me habló en un idioma que no entendí. Podría haber sido sueco o noruego o algo así.

No entiendo señor. ¿Necesita ayuda? Le dije en español. ¿Habla español? Yo entiendo un poco, me respondió. Me llamo Arthur y ella es mi esposa Margareth. Bebió unas copas de más y no puedo llevarla a la cabina. Arthur tendría fácil más de 80 años, de cuerpo delgado y muy alto. Piel bronceada y pelo blanco. Margareth se veía más joven, en todo caso menos de setenta años calculé al ojo por sus facciones, pero tenía un cuerpo robusto y bastante alta. Comprendí que era imposible que Arthur la pudiera llevar solo al dormitorio en esas condiciones y entendí su preocupación. ¿Me podría ayudar por favor? Por supuesto, respondí, a pesar de que me daba cuenta de lo difícil que podía ser esa empresa ya que yo soy de contextura delgada y mi altura era menor a la de ambos. Pero siempre he sido una persona solidaria y dispuesta a ayudar cuando corresponde y esta era una situación difícil para el pobre Arthur que en su cara reflejaba toda su angustia.

—Yo me llamo Alfonso.

Entre los dos levantamos a Margareth, nos pusimos uno a cada

lado y pasamos sus brazos por detrás de nuestras cabezas y comenzamos a caminar. En ese momento Margareth se despertó un poco de la borrachera y también comenzó a caminar, haciendo la tarea posible, ya que sin su ayuda no habiérámos podido llevarla entre Arthur y yo. Debería pesar por lo menos cien kilos.

Caminamos como treinta metros hasta el ascensor más cercano, donde subimos al sexto piso, y luego caminamos otros 30 metros más hasta llegar a la cabina. Margareth ya parecía estar mejor, ya que no sentí tan pesada la caminata ayudando con sus propias piernas.

Al llegar a la cabina fue difícil entrar ya que al parecer nuevamente Margareth se puso mal y como la entrada es estrecha y teníamos que ingresar los tres juntos se nos hizo complicada, entrando primero Arthur y entre los dos pudimos llevar a Margareth al borde de la cama, subirla y acomodarla en un costado. Con la luz de la cabina recién pude ver bien las facciones de Margareth. Tenía un hermoso rostro, piel blanca pero bien bronceada, pelo rubio cortado como melena y llevaba un vestido blanco con motivos de pájaros y flores tropicales de todos colores, que le daba un aspecto muy alegre y juvenil. El vestido de una sola pieza se abrochaba por delante con cuatro botones grandes de madera con forma de caracoles marinos, que me llamó mucho la atención. De cuerpo robusto, pero bien formado, con brazos gruesos y piernas fuertes. Los ojos los mantenía cerrados.

—Muchas gracias Alfonso, me dijo Arthur.

Se sentó en un sillón que estaba en un sector más amplio de la cabina y al observar alrededor me di cuenta que era una cabina mucho más grande y lujosa de la que compartía con mi esposa. Yo ya me aprontaba a despedirme y salir, pero Arthur me hizo un gesto para que me acercara hasta donde se había sentado y comenzó a buscar algo en un cajón de un pequeño mueble que tenía al lado y revolvió hasta que sacó algo y estirando su mano derecha me ofreció un pequeño manojito que distinguí que eran billetes. Dos o tres billetes de cien euros. Me sorprendí y le dije que de ninguna manera podía recibirlos. Mi ayuda había sido sólo por solidaridad y lo que corresponde es ayudar cuando alguien lo necesita, sobre todo en un caso como éste.

Entonces Arthur me miró directamente y por primera vez pude ver el azul profundo de sus ojos, pero además vi en su mirada algo especial, como si quisiera decirme algo más con la mirada.

—Quiero pedirle otro gran favor, uno muy especial. Espero que no lo tome a mal.

—Como puede ver yo ya tengo mis años y mi esposa es más joven que yo y no puedo complacerla sexualmente. Es por eso que hoy se ha emborrachado.

—Te estaría muy agradecido y Margareth también, si pudieras hacerle el amor. Yo no puedo. Margareth está de acuerdo.

Me quedé mirando a Arthur sin saber qué pensar ni qué decir. Se veía cansado, viejo, tal vez más de lo que había pensado en un comienzo. Pero su mirada era clara y honesta.

Miré entonces a Margareth. Se mantenía de espaldas como la habíamos dejado, pero se había acomodado más al centro de la cama y me percaté que tenía el vestido desabrochado completamente y su cuerpo desnudo, sin haberse sacado el vestido. Pensé en qué momento se sacó la ropa interior y rápidamente comprendí que no llevaba ropa interior. Por primera vez vi los ojos abiertos de Margareth. Eran de un color verde como agua clara, preciosos, y con su mirada parecía implorarme llena de deseo que me acercara. Sus ojos no dejaban de mirar directamente a los míos. Sus brazos extendidos hacia mí y las piernas abiertas con las rodillas dobladas parecían más que una invitación, una súplica. Era una llamada del cuerpo. Un deseo sexual expresado con la mirada y el cuerpo, sin decir nada. Margareth no hablaba.

Al verla ahí desnuda, con su hermoso cuerpo voluptuoso, sus brazos fuertes extendidos hacia mí a modo de llamada, sus piernas abiertas invitándome al sexo y su mirada suplicante en su bello rostro bronceado tuve una excitación que no pude disimular, ya que llevaba un buzo bastante ligero y fue notorio mi pene erecto.

Me excité muchísimo, pero tenía desconfianza y no estaba seguro si lo que sucedía era real. ¿Y tú Arthur que vas a hacer mientras estoy con Margareth haciendo el amor? Dije estas palabras sin pensarlas siquiera. Me salieron desde adentro, con el deseo vivo en todo

mi ser, que ya me empujaba a hundirme en ese cuerpo de mujer, a su llamada sexual que se me hacía imposible de reprimir, como un potro desbocado que galopa por un campo sin saber que un poco más allá podría haber un precipicio y desbarrancarse.

—Yo sólo voy a mirar, dijo Arthur, no te preocupes. Estaré sentado en esta misma silla frente a ti. Si me muevo me verás. Nada malo sucederá. Es por Margareth.

Miré a Margareth nuevamente y ahí estaba en la cama con su cuerpo y mirada suplicando. Se podía sentir el olor del deseo que emanaba de su cuerpo.

Me saqué el buzo y la polera y me acerqué a la cama y me posé sobre el cuerpo de esta tremenda mujer que apenas me sintió sobre ella me agarró con sus fuertes brazos y piernas como un pulpo y ya no me soltó más. Me abrazaba tan fuerte mientras la penetraba que creí que me iba a triturar. Era una sensación increíble sentirme dentro del cuerpo de Margareth, con sus piernas cruzadas sobre las mías y apretándome con sus brazos como para impedir que escapara. Pero yo no quería escapar, quería que me apretara más fuerte aún, que me hiciera suya, sintiendo sus senos grandes sobre mi cara, su respiración fuerte y cadenciosa en mis oídos. Me sentí como si estuviera en plena tormenta en el océano, con las olas alrededor de mi cuerpo, subiendo y bajando, mojado completamente, ahogándome de placer, aferrado a un trozo de madera que era el cuerpo de esta mujer que por momentos bramaba y gemía, que llenaba todo el aire con su aroma de mujer ardiente de deseo. Por primera vez sentí la voz de Margareth, pero sólo susurros o palabras casi inaudibles que no entendía. Se las decía ella misma, no eran para mí.

Perdí completamente la noción del tiempo y de la realidad. Flotaba en un océano tempestuoso mecido por olas gigantescas, con sabor a sal y olor a mar.

De repente el cuerpo de Margareth comenzó a vibrar, fue aumentando este temblor hasta que me di cuenta que estaba llegando al orgasmo, transpiraba, gemía, susurraba palabras y me apretaba aún más. En ese momento yo también empecé a sentir un cosquilleo por

todo mi cuerpo. Poco a poco se iba concentrando esta sensación en el centro de mi cuerpo, en mi sexo, hasta sentir que explotaba y fluía toda mi energía a través de mi pene hacia el interior de Margareth, que lanzó un grito ahogado y el temblor de su cuerpo se hizo más fuerte y su abrazo también. Sentí que me estrujaba hasta la última gota.

Todavía me mantuvo su prisionero por un tiempo indeterminado y su abrazo se hizo más suave. También sus piernas se fueron relajando, mientras yo sentía que todavía flotaba en un mar, ahora más sereno, pasada la tempestad. Después de un rato Margareth empezó a moverse de a poco hacia su costado derecho y yo me fui soltando hasta que logré zafarme y ella se colocó de lado en la cama, con su bello rostro relajado y una hermosa sonrisa que iluminaba su cara. Sus ojos los mantenía cerrados y parecía dormida.

Me incorporé, cansado, como si hubiera estado cabalgando un día completo, pero al mismo tiempo con una extraña y renovada energía.

Me vestí rápidamente y vi a Arthur que se había levantado de su silla y se acercaba. Me había olvidado que estaba ahí todo el tiempo mientras hacíamos el amor con Margareth.

—Muchas gracias Alfonso, sé que es algo raro el favor que te he pedido esta noche, pero te lo agradecemos de verdad. Por Margareth. Y me estiró nuevamente su mano derecha con un fajo que noté eran más billetes que la vez anterior.

Miré a los ojos a Arthur, que me agradecía con esa mirada clara y sencilla. Le bajé el brazo suavemente con mi mano izquierda a modo de despedida.

—No te puedo recibir ese dinero Arthur. ¡Si este ha sido el mejor polvo de mi vida!

Y salí rápidamente hacia cubierta para ver lo que quedaba del eclipse de Luna.

Abril 2025

## EL LORO CILANTRO Y LA VALE

**L**a Vale tiene nueve años y vive en el campo, entre los cerros de Quillota. Su casa está rodeada de árboles nativos: quillayes, peumos, boldos y chaguales, donde todos los días revolotean pájaros que vienen a visitarla.

A la Vale le gusta ver cómo juegan y cantan los chercanes entre las ramas, cómo dan saltitos por el suelo los chincoles y como corre la tenca antes de ir a pararse a la rama más alta del quillay al lado del pozo, donde se queda cantando toda la mañana. Conoce a la mayor parte de los pájaros por sus nombres y cuando ve alguno distinto, le pregunta a su papá cómo se llama aquel nuevo visitante. La Vale tiene sus preferidos: le gustan las diucas, de color plomo con el pecho blanco, porque son las más madrugadoras y antes de amanecer ya están cantando e invitando a levantarse para aprovechar el día con alegría. En invierno aparece el pájaro carpintero, que golpea los troncos de los árboles muertos en busca de gusanos. Ella aprendió de su papá que el macho tiene la cabeza roja y la hembra negra. También le gustan las loicas con el pecho bien rojo cuando aparecen en el potrero en busca de semillas. Los más pequeños de todos los que conoce son el picaflor y el cachudito, que se llama así porque tiene dos cachitos de plumas en la cabeza. El más grande que ha visto es el aguilucho, que lo distingue por una línea negra de plumas en la cola cuando se le ve volar en lo alto. De vez en cuando aparecen también jotes, cuando muere algún animal en los cerros y vuelan en círculos indicando donde se ha muerto el animal.

Conoce también al peuco, que de vez en cuando se ha robado alguna gallina y pollos desde el mismo gallinero, por lo que no es muy querido por su mamá, que cuando lo ve merodear lo espanta gritándole amenazas.

Una de las aves que más le ha impresionado es la lechuza, que la ha visto pocas veces, volando de noche cerca de la casa como una

sombra blanca y silenciosa. No entiende como puede volar de noche y menos cazar ratones, que le contaron que por eso es muy beneficiosa esta ave en el campo y cerca de las casas.

Otro pájaro que le llama mucho la atención es el pidén, que por las tardes emite unos fuertes sonidos entre medio de la vegetación por donde pasa el arroyo. Cuesta mucho verlo, pero ya sabe donde encontrar a esa rara ave negra, que parece que no vuela y le gusta caminar entre las moras cerca del agua.

La Vale sueña con volar como un ave. Algunos días quiere ser un aguilucho para volar bien alto y observar todo desde la altura sin que nadie la moleste. Otros días se imagina un chercán, trajinando entremedio de las ramas y alrededor de la casa cantando alegremente o un lindo picaflor succionando el dulce néctar de las flores de lEn os chaguales que crecen en el cerro.

Algunos pájaros andan en parejas, como los zorzales, chincolles, las tencas y los cernícalos. Otros en bulliciosos grupos como los tordos, jilgueros y chirigües. Algunos se ven siempre solos, como el aguilucho o un diucón de ojos rojos que aparece siempre a mediodía a escarbar semillas cerca del gallinero.

A los tiuques los admira por las piruetas que hacen en vuelo. Pareciera que pelean o juegan en el aire y son muy bravos, ya que cuando aparece el aguilucho solitario, dos o tres tiuques lo atacan como para alejarlo del lugar y lo molestan tanto que al final lo consiguen, a pesar de ser más pequeños.

Una vez crió un pollito de queltehue que encontró en el potrero de las vacas, pero después de dos días se lo devolvió a sus padres, que todos los días volaban cerca de ella en forma amenazante y le dio miedo que la atacaran.

Esta pasión por los pájaros no ha pasado desapercibida por los papás de la Vale y sus tíos, que cuando la visitan siempre le preguntan por sus pajaritos y si ha conocido alguno nuevo.

El tío Hugo, que vive en el sur, entremedio de bosques de araucarias y robles, le ha dicho que le traerá un loro choroy para la Pascua, que es cuando volverá a visitarlos. La Vale quedó muy contenta pero

nunca ha visto un loro choroy. Dicen que puede aprender a hablar y eso le intriga ¿cómo es que puede aprender a hablar un pájaro en vez de cantar? A lo mejor ella logra enseñarle alguna canción ¿Por qué no?

Esa navidad recibió el mejor regalo de su vida: no podía estar más contenta cuando su tío llegó con el regalo prometido: un lindo loro choroy, muy diferente a todos los pájaros que ella conocía. Es verde con manchas rojas alrededor de los ojos y pareciera que tiene una gran personalidad.

Su tío le contó que para poder pillarlo hay que subirse a un árbol bien alto donde está el nido, antes que aprendan a volar los pichones y aguacharlo para que se acostumbren a las personas y no se arranquen. Pero por seguridad, cuando crezca un poco más hay que cortarle las puntas de las plumas de las alas para que no se vuele. Esto no le gustó mucho a la Vale, ya que lo que más le atrae de los pájaros es justamente esa libertad que tienen para ir a cualquier lugar volando.

Así, durante el verano, como estaba de vacaciones y no tenía que ir a la escuela, se dedicó por completo a su loro, que le puso por nombre Cilantro, porque decía que era de ese color.

Le enseñó a saludar en las mañanas con un “buenos días” a responder cuando le preguntaban cómo estaba, si tenía calor o frío, si tenía hambre o si estaba enojado. Cilantro andaba entremedio de las ramas de los árboles frutales de la huerta cerca de la casa, donde se comía las manzanas y las peras de los árboles. También le gustaban los higos, las nueces y las almendras. Le dijeron a la Vale que para que no se le fuera su loro lo acostumbrara todas las tardes a llamarlo y darle comida. El loro era muy obediente y se acostumbró a su cena todos los días a las seis de la tarde. En ese momento la Vale lo dejaba sobre una rama del quillay al lado de la casa, donde dormía tranquilamente.

Vale, acuérdate de que ya luego tienes que cortarle las puntas de las alas a ese loro, le decía su mamá, ya que Cilantro estaba volando cada vez más alto y más lejos, pero siempre volvía a la hora de su cena en la tarde. Pero eso era lo que más le gustaba a la Vale, que pudiera volar libremente por el campo.

Llegó el invierno y Cilantro se había acostumbrado a su vida junto a la Vale y eran inseparables. Todos los días apenas llegaba de la escuela ella lo llamaba y Cilantro aparecía volando para posarse en su hombro.

A Cilantro le gustaba molestar al perro más viejo de la casa, que se llamaba Felpudo, porque siempre estaba durmiendo a la entrada de la puerta. Se subía en su lomo y lo despertaba gritando su nombre. Felpudo trataba de agarrarlo, pero el loro se volaba y parecía burlarse del perro. Tanto era lo que lo molestaba, que Felpudo empezó a idear la forma de desquitarse. Un día en que se hacía el dormido, y el loro se acomodaba en su lomo para despertarlo, antes de que pudiera reaccionar, Felpudo le pegó un tarascón y si no es porque estaba la mamá observando, se lo hubiera comido ¡deja el loro perro! alcanzó a gritar y ahí quedó el loro todo herido. Cuando llegó la Vale de la escuela y llamó a Cilantro y no apareció, inmediatamente supo que algo malo había pasado. Antes que preguntara, la mamá le contó lo sucedido, pero que no llorara tanto, porque parece que lo único que tenía era una pata quebrada y el veterinario tenía que venir en la tarde a ver unos caballos y le preguntarían que se podía hacer. Simón, el veterinario, que le encantaba el loro y siempre lo llamaba y le hacía preguntas para que Cilantro le respondiera, dijo: no es nada grave y le vamos a enyesar la pata a ver si se mejora. Y así lo hizo. Durante un mes el loro no podía volar y para caminar, como no podía apoyar su pata, se apoyaba en el pico y era divertido verlo como se las arreglaba para movilizarse. Finalmente, después de tres semanas el loro se sacó con el pico el yeso y la Vale no podía creerlo: la patita le quedó sana y podía caminar y volar nuevamente.

Durante ese otoño llegaron muchos tordos muy bulliciosos a comerse las uvas que quedaban en la parra y al loro le gustaba ese bullicio, era como si echara de menos el bullicio de las bandadas del sur, de sus familiares.

Cilantro, como tenía la facilidad de conversar, empezó a conocer a los diferentes pájaros que llegaban cerca y a comunicarse con ellos. Así supo que algunos siempre vivían ahí, como las tencas, los

chercanes y los chincoles, pero había otros como los picaflores gigantes, los jilgueros y los fiofios que durante el invierno volaban lejos a lugares más cálidos y no volvían hasta la primavera. El picaflor gigante le contó que en invierno viajaba muy lejos hacia el norte, pero siempre volvía en primavera, ya que le gustaba anidar y criar sus pollitos en esta zona. Supo que el fiofío, viajaba aún más lejos, llegando hasta las selvas del Amazonas. Algunos hacían el viaje al revés, en primavera se iban al sur y volvían en otoño, cuando se ponía muy frío por allá. Había una bandada de tordos que se hicieron amigos de Cilantro y le contaron que, aunque normalmente eran aves que se mantenían en el mismo lugar todo el año, esta bandada eran un grupo aventurero que les gustaba viajar más al sur, hasta los bosques de araucarias en primavera y verano y tenían muchos amigos choroyes en el sur, que abundaban en los bosques de araucarias milenarias y cerca de los lagos. Cuando supo esto Cilantro, se puso muy melancólico, ya que no conocía a ningún otro loro choroy como él. A los pocos días desapareció la bandada de tordos aventureros, ya que comenzaba la primavera y Cilantro quedó muy nostálgico y pensando en familiares y amigos que podrían estar esperándolo en el sur. La Vale se dio cuenta que algo le pasaba, ya que no estaba tan alegre y conversador como antes. Le preguntó a su papá que le pasaba al loro, si sería posible que sintiera pena o echara de menos a otros loros. El papá no le dio mucha importancia y sólo le dijo: a lo mejor.

Cilantro parecía esperar que llegara el otoño para ver de nuevo a sus amigos tordos de la bandada aventurera. Todos los días se paraba en la rama del peumo donde acostumbraban sus amigos tordos llegar por las tardes con su bullicio ensordecedor y su alegría desafiante, pero estaban todavía en pleno verano, y aún faltaba que maduraran las frutas que los traían de vuelta desde el sur.

Había muchas bandadas de tordos que él veía y permanecían en el lugar, pero a Cilantro le interesaban aquellos aventureros que viajaban al sur, a la zona de sus ancestros.

Un día estaba Cilantro con la Vale, acompañándola a hacer una tarea de dibujo, cuando escuchó un bullicio en el peumo grande y

observó gran cantidad de pájaros negros. Supo que estaban de vuelta sus amigos tordos. Voló inmediatamente y la Vale se dio cuenta que algo pasaba entre su loro y esos pájaros y creyó descubrir el motivo: el loro buscaba compañía y le gustaba ese bullicio y algarabía que los tordos armaban.

Cilantro preguntó si habían visto otros loros choroy en su viaje y le dijeron que sí y muchos, ya que les gustaba recorrer la zona de los bosques de araucarias, donde habitaban muchos choroyes. Cilantro se puso muy contento y no se cansaba de preguntarles todos los días, cuando llegaban en la tarde a posarse al árbol grande de peumo, detalles sobre los bosques de araucarias y de sus parientes sureños.

Poco a poco se fue gestando dentro del corazón de Cilantro un inmenso deseo de estar entre familiares y recorrer esos milenarios bosques, con su fragancia y abundancia de alimento. La Vale pensó que Cilantro tendría necesidad de conocer otros loros, fundar una familia y dejar descendencia. Su papá le había contado que los loros se emparejaban de por vida, y que se mantenían fieles hasta la muerte, incluso más allá de la muerte, ya que, si uno de ellos moría, el otro no se volvía a emparejar.

A medida que transcurría el invierno, Cilantro pasaba cada vez más tiempo con sus amigos tordos, y sobresalía entre ellos con su color verde intenso entre los cuerpos negros. La Vale lo veía todas las tardes volar al árbol de peumo y algunas veces ya ni volvía a dormir a su rama favorita al lado de la casa. Prefería quedarse en el peumo grande conversando bulliciosamente con los tordos.

Así llegó esa primavera que nunca ha olvidado, aunque ya han pasado más de diez años. Cilantro la esperaba todos los días que llegara de la escuela, la salía a recibir y se posaba sobre su hombro como en los viejos tiempos. Parecía dichoso de alegría. La Vale también estaba muy contenta con su loro, pero empezó a percibir que algo se estaba gestando, algo importante y definitivo, pero no supo qué era. Todos los días veía volar a Cilantro más alto y lejos, como si se ejercitara. La mamá le dijo, ¡córtale las puntas de las alas a tu loro, como te dijeron, porque cualquier día de estos se te vuela y ya no vuelve más! Pero

eso no lo podía hacer, era como cortarle la vida y la libertad, que era la esencia de Cilantro. Ahí empezó a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, cuando vio a su loro volar con la bandada de tordos el día anterior a su partida. Parecía que estaban ensayando y enseñándole a Cilantro a volar en formación.

Ese fin de semana la Vale estuvo muy atenta a los vuelos de su loro. Ya no llegaba a dormir a su rama. Estaba todo el tiempo con los tordos, y se lo pasaba volando. Aunque lo llamó varias veces ese sábado, Cilantro no acudió. Lo veía hacer piruetas por el aire como nunca antes lo había visto hacer. Era increíble cómo había aprendido a volar tan bien. Sin duda sus amigos tordos le habían enseñado algunos trucos, pero Cilantro era más veloz y ágil que ellos y se destacaba nítido como una mancha verde entre todos esos cuerpos negros.

El domingo la Vale se despertó con una rara sensación muy temprano y salió afuera de la casa. Había un gran bullicio de pájaros: eran los tordos que se estaban preparando para su largo viaje al sur. Cilantro estaba entremedio de todos y brillaban sus plumas verdes al sol de esa mañana de septiembre. En un momento, su querido loro se retiró de la bandada y bajó volando como un rayo para posarse sobre su hombro. Lo hizo tres veces. Estaba dichoso de contento y la Vale comprendió por fin que era la última vez que lo vería, que se estaba despidiendo. Pero se alegró mucho. Pensó en Cilantro volando por los bosques de araucarias, con su pareja y sus pichones, enseñándoles a volar, junto a otros loros en una bandada bulliciosa y contento de surcar por los aires a toda velocidad y en plena libertad. Alcanzó a mirar a los ojos rojos de su loro y éste le entregó toda su gratitud en un cerrar de ojos, antes de remontar vuelo a las alturas, donde se unió a los tordos que lo esperaban revoloteando sobre el campo, que sabían que se estaba despidiendo, ya que, a diferencia de ellos, no volvería en el próximo otoño.

La Vale miró cómo se alejaba la bandada de aves, todos completamente negros con un ave al centro de color verde, como el cilantro fresco y así se quedó mirando hasta que desaparecieron de su vista, mientras le caían lágrimas por los ojos, de pena y alegría a la vez,

sabiendo que lo que había vivido con su loro y lo que estaba sintiendo en ese momento, la marcarían para toda la vida y le infundirían un anhelo de libertad que no se apagaría jamás.

Septiembre 2007

## LOS ABUELOS DE LAS PUESTAS DE SOL

Los llamaban los “abuelos de las puestas de sol”, aunque en realidad nunca fueron abuelos. Por esas casualidades de la vida, dos hermanos gemelos se casaron con dos hermanas gemelas y ninguna de las parejas logró tener hijos y por lo tanto tampoco nietos. Solamente se tenían a sí mismos y siempre fueron muy unidos los cuatro. A la gente que los conocía les costaba diferenciar a estas dos parejas y era divertido verlos pasear juntos, tan iguales eran. Ya de jóvenes su pasatiempo preferido era salir a la costa en busca de puestas de sol, y cuando dejaron de trabajar y vivían de su jubilación se dedicaron con mayor entusiasmo y con todo el tiempo de mundo a esta actividad. Salían por el día, bien temprano si es que querían llegar más lejos, hasta Pichidangui por el norte o hasta Pichilemu por el sur. Así, durante muchos años recorrieron la costa central entre estas dos caletas. Zapallar, Los Molles, Matanzas, Isla Negra, Quirilluca, Horcón, Laguna Verde, Ritoque, El Quisco, Concón... Con el tiempo llegaron a conocer casi todas las caletas, roqueríos y playas de la zona.

Una vez que se encontraban contemplando una puesta de sol magnífica, sentados en unas rocas frente al mar, con un sol anaranjado rodeado por nubes rojizas, moradas y amarillas y un mar tempestuoso azul oscuro y verde, con la espuma blanca de las olas saltando al frente, tuvieron una extraña visión. Se les presentó algo así como el “espíritu de las puestas de sol” y les pidió que buscaran el mejor lugar donde contemplar las mejores puestas de sol. Si encontraban ese lugar, quedarían inmortalizados y juntos para siempre. Después de esa extraña revelación, se dedicaron con mayor entusiasmo aún a su particular afición a tiempo completo, pues tenían todo el tiempo para ello, aunque ya eran llamados “los abuelos de las puestas de sol” por la gente que los conocía.

Durante muchos años la gente que habitaba los pueblos de la costa se acostumbraron a la presencia de estas dos parejas y su afición

a mirar las puestas de sol desde diferentes lugares, casi siempre en los roqueríos cercanos al mar, desde donde se pudiera ver la entrada del sol en el horizonte sin que nada les estorbara.

La gente que habitaba los lugares donde cada cierto tiempo aparecían estos abuelos, a través de breves conversaciones con ellos, se fueron enterando de que buscaban un lugar especial donde la puesta de sol les abriría un portal al otro mundo y así lograrían la eternidad que les había prometido la visión que habían tenido. Algunos los tomaban por locos, otros por excéntricos viejitos y otros por unos místicos en busca de la eternidad, por lo que trataban de saber cuáles eran los lugares visitados por ellos y si habían encontrado alguno en especial.

Pasó el tiempo y la gente empezó a echarlos de menos. Ya no veían a las dos parejas de ancianos durante las puestas de sol. Se preguntaban qué pasaría con los abuelos, si habrían encontrado finalmente ese lugar mágico donde se fundieron con la eternidad prometida.

Esto sucedió hace mucho tiempo, pero todavía queda en el recuerdo de muchos pobladores de caletas costeras del litoral central este recuerdo, convertido en leyenda o mito. Algunos de los habitantes más antiguos de la costa dicen haber visto un lugar especial, desde donde se ven las puestas de sol espectaculares y ahí mismo les ha parecido ver a los abuelos transformados en rocas frente al mar, los cuatro muy juntos y sus rostros muy felices. Dicen que los han visto en Zapallar, en Quirilluca, en Matanzas... en diferentes roqueríos, acantilados y playas desde donde se puede apreciar una hermosa puesta de sol. Seguramente los abuelos están viendo eternamente las puestas de sol desde aquel lugar donde se les abrió el portal a la eternidad, en algún lugar de la costa entre Pichidangui y Pichilemu. Si encuentran unas rocas donde se distinguen a las dos parejas de abuelos frente al mar, frente a una puesta de sol espectacular, no les quepa duda alguna de que son los “abuelos de las puestas de sol”.

Mayo 2014

## ACERCA DE LAS COMPOSICIONES MUSICALES

Los temas musicales que forman parte de este libro son todas composiciones de mi autoría y originales.

Más que temas o piezas de música, son Relatos y Poemas Musicales, donde se evocan recuerdos, situaciones, anécdotas o poemas, utilizando el lenguaje de las notas musicales para escribir la partitura, que expresan sentimientos, recuerdos y estados de ánimo a través de la música.

A diferencia de los cuentos, estos temas fueron saliendo lentamente a partir de improvisaciones en el piano, que durante años tocaba a partir de algún motivo o idea musical que surgía de las mismas improvisaciones y que desarrollaba sin una estructura definida. Con el tiempo fueron quedando algunas ideas musicales más concretas y después de muchos años, cuando decidí escribirlas y llevarlas a partitura, las resumí a modo de pequeños temas, con estructura musical. A partir de estas partituras se puede improvisar y alargar los temas libremente.

Cada uno de los ocho temas tiene un contexto, ya sea de un relato, un sentimiento o un poema musical.

**“Pensando en ti”** es un poema musical dedicado a Cata, donde se expresa un sentimiento de nostalgia y bellos recuerdos, como así también de los hermosos momentos presentes que se viven día a día.

**“Mujer”** es un poema musical dedicado a todas las mujeres en general y al arquetipo de Mujer en particular. Las primeras notas ya evocan musicalmente la palabra Mujer.

**“La Canción de Wally”** es un tema dedicado a mi mejor amigo por más de cincuenta años que falleció de cáncer. Cada vez que toco este

tema traigo a mi memoria y a mi corazón su recuerdo. Es como estar en su compañía a través de este tema musical.

“**Bajando el Río**” relata una aventura y experiencia personal que realicé hace algunos años en solitario, bajando en bote por el Río Napo en Ecuador hasta llegar al Río Amazonas en el Perú.

“**Improvisado**” es un tema que está formado por varias partes, cada una de las cuales permite improvisar durante mucho tiempo. Es mi improvisación preferida y durante muchos años se fueron añadiendo otras ideas, resultando que podría estar tocando este tema durante horas. Fue difícil llevarlo a una partitura y darle una estructura musical definida. Pero hay que tomarlo como un conjunto de temas que sirven para improvisar.

“**Nocturno con variaciones**” es un tema sentimental, con un poco de nostalgia y tristeza, pero también de esperanza.

En “**Puesta de Sol**” expreso musicalmente ese momento al ver una puesta de sol en el Océano Pacífico, en un hermoso lugar del litoral central de Chile. Ese sentimiento tan especial que surge al observar cómo se va escondiendo el sol detrás del horizonte, acompañado por las nubes de color y el azul del mar.

“**Despedida**” evoca el momento de una despedida, sin tristeza. Es un hasta pronto, lleno de buenos deseos y esperanzas de reencuentro.

Cada uno de estos temas musicales se puede escuchar a través del **código QR** que aparece en el extremo superior derecho al comienzo de cada partitura, interpretado por su propio autor.

Las composiciones musicales fueron grabadas en mi casa en Rautén, Quillota, el día 25 de junio de 2025, por Estudio Móvil del Círculo. Se usó un piano acústico de cuarto de cola marca Monington & Weston. Grabación, mezcla y mastering por Rodrigo Figueroa M.

# COMPOSICIONES MUSICALES

# PENSANDO EN TI...



♩ = 100

Sergio De La Cuadra

## TEMA 1

Musical notation for TEMA 1, measures 1-5. The piece is in 4/4 time with a key signature of three flats (B-flat, E-flat, A-flat). The melody in the right hand starts with a quarter rest, followed by quarter notes G4, A4, B4, and C5. The bass line consists of block chords: G3-B2-E2, G3-B2-E2, G3-B2-E2, G3-B2-E2, and G3-B2-E2.

## TEMA 2

Musical notation for TEMA 2, measures 6-9. Measures 6-8 feature a melody in the right hand with quarter notes G4, A4, B4, and C5, and a bass line with block chords G3-B2-E2, G3-B2-E2, and G3-B2-E2. Measure 9 is a repeat of measure 6. A double bar line with repeat dots is at the end of measure 9.

Musical notation for measures 10-13. The melody in the right hand consists of eighth notes: G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4, F4, E4, D4, C4, B3, A3, G3. The bass line consists of block chords: G3-B2-E2, G3-B2-E2, G3-B2-E2, and G3-B2-E2.

## TEMA 1

Musical notation for TEMA 1, measures 14-17. Measures 14-16 feature a melody in the right hand with eighth notes: G4, A4, B4, C5, B4, A4, G4, F4, E4, D4, C4, B3, A3, G3. The bass line consists of block chords: G3-B2-E2, G3-B2-E2, and G3-B2-E2. Measure 17 is a repeat of measure 14. A double bar line with repeat dots is at the end of measure 17.

Musical notation for measures 18-22. Measures 18-22 feature a melody in the right hand with quarter notes G4, A4, B4, and C5. The bass line consists of block chords: G3-B2-E2, G3-B2-E2, G3-B2-E2, G3-B2-E2, and G3-B2-E2.

## TEMA 2

Musical notation for TEMA 2, measures 23-26. Measures 23-24 feature a melody in the right hand with quarter notes G4, A4, B4, and C5, and a bass line with block chords G3-B2-E2 and G3-B2-E2. Measures 25-26 are a repeat of measures 23-24. A double bar line with repeat dots is at the end of measure 26.

# PENSANDO EN TI

2

27

Musical notation for measures 27-30. Treble clef with a key signature of three flats (B-flat, E-flat, A-flat) and a common time signature. The melody consists of eighth and quarter notes. The bass clef provides a harmonic accompaniment with chords and single notes.

31

TEMA I

Musical notation for measures 31-34. Treble clef with a key signature of three flats and a common time signature. Measures 31-32 continue the previous melody. Measures 33-34 introduce a new melodic theme labeled "TEMA I" in a box. The bass clef accompaniment continues with chords.

35

Musical notation for measures 35-38. Treble clef with a key signature of three flats and a common time signature. The melody features chords and eighth notes. The bass clef accompaniment consists of chords.

38

Musical notation for measures 39-42. Treble clef with a key signature of three flats and a common time signature. The melody continues with chords and eighth notes. The bass clef accompaniment consists of chords. The piece ends with a double bar line.

# MUJER



Sergio De La Cuadra

INTRO: Lento

**A** ♩ = 120

First system of musical notation (measures 1-6). The piece is in 4/4 time with a key signature of three sharps (F#, C#, G#). The melody in the right hand begins with a quarter rest, followed by a half note G#4, a quarter note A4, and a half note B4. The bass line starts with a whole note chord of G#2, C#3, and G#3, followed by a half note chord of G#2, C#3, and G#3, and then a series of eighth notes: G#2, C#3, G#3, C#3, G#2, C#3, G#3, C#3.

Second system of musical notation (measures 7-11). The melody continues with eighth notes: G#4, A4, B4, A4, G#4, F#4, E4, D4, C4, B3, A3, G#3. The bass line continues with eighth notes: G#2, C#3, G#3, C#3, G#2, C#3, G#3, C#3, G#2, C#3, G#3, C#3.

Third system of musical notation (measures 12-16). The melody continues with eighth notes: G#4, A4, B4, A4, G#4, F#4, E4, D4, C4, B3, A3, G#3. The bass line continues with eighth notes: G#2, C#3, G#3, C#3, G#2, C#3, G#3, C#3, G#2, C#3, G#3, C#3.

Fourth system of musical notation (measures 17-21). The melody continues with eighth notes: G#4, A4, B4, A4, G#4, F#4, E4, D4, C4, B3, A3, G#3. The bass line continues with eighth notes: G#2, C#3, G#3, C#3, G#2, C#3, G#3, C#3, G#2, C#3, G#3, C#3.

Fifth system of musical notation (measures 22-26). The melody continues with eighth notes: G#4, A4, B4, A4, G#4, F#4, E4, D4, C4, B3, A3, G#3. The bass line continues with eighth notes: G#2, C#3, G#3, C#3, G#2, C#3, G#3, C#3, G#2, C#3, G#3, C#3.

MUJER

2

27

Musical score for measures 27-32. The piece is in 3/4 time with a key signature of three sharps (F#, C#, G#). The right hand features a melodic line with eighth and quarter notes, while the left hand provides a harmonic accompaniment with chords and moving bass lines.

33

**B**

Musical score for measures 33-37. A section marker 'B' is placed above the staff. The right hand has a more active melodic line with eighth notes and rests, while the left hand continues with a steady accompaniment.

38

Musical score for measures 38-42. The right hand continues with a melodic line, and the left hand provides a consistent accompaniment with chords and eighth notes.

43

Musical score for measures 43-47. The right hand features a melodic line with eighth notes and rests, and the left hand provides a steady accompaniment.

48

Musical score for measures 48-53. The right hand continues with a melodic line, and the left hand provides a consistent accompaniment with chords and eighth notes.

54

Musical score for measures 54-59. The right hand continues with a melodic line, and the left hand provides a consistent accompaniment with chords and eighth notes.

MUJER

59

Musical notation for measures 59-63. The system consists of a treble and bass staff. The key signature is three sharps (F#, C#, G#). The melody in the treble staff consists of eighth and quarter notes. The bass staff provides a harmonic accompaniment with chords and eighth notes.

64

Musical notation for measures 64-68. The system consists of a treble and bass staff. The key signature is three sharps (F#, C#, G#). The melody in the treble staff features a half note followed by quarter notes. The bass staff continues with a rhythmic accompaniment of chords and eighth notes.

69

Musical notation for measures 69-73. The system consists of a treble and bass staff. The key signature is three sharps (F#, C#, G#). The melody in the treble staff includes eighth notes and a quarter note with a fermata. The bass staff maintains the accompaniment with chords and eighth notes.

74

Musical notation for measures 74-78. The system consists of a treble and bass staff. The key signature is three sharps (F#, C#, G#). The melody in the treble staff features quarter notes and a half note with a fermata. The bass staff continues with the accompaniment.

79

Musical notation for measures 79-83. The system consists of a treble and bass staff. The key signature is three sharps (F#, C#, G#). The melody in the treble staff includes a half note, quarter notes, and a quarter note with a fermata. The bass staff continues with the accompaniment.

84

Musical notation for measures 84-88. The system consists of a treble and bass staff. The key signature is three sharps (F#, C#, G#). The melody in the treble staff consists of eighth notes and quarter notes. The bass staff continues with the accompaniment.

MUJER

4

89

Musical notation for measures 89-93. The piece is in G major (one sharp) and 4/4 time. The right hand features a melodic line with eighth and quarter notes, while the left hand provides a harmonic accompaniment with chords and eighth notes.

94

Musical notation for measures 94-98. The right hand continues the melodic line, and the left hand maintains the accompaniment with some chordal textures.

99

Musical notation for measures 99-103. The right hand has a melodic line with a fermata over the final note of the system. The left hand accompaniment concludes with a double bar line.

A'

104

Musical notation for measures 104-108. The right hand features a melodic line with a repeat sign at the beginning. The left hand accompaniment continues with chords and eighth notes.

109

Musical notation for measures 109-113. The right hand has a melodic line with a fermata over the final note. The left hand accompaniment concludes with a double bar line.

114

Musical notation for measures 114-118. The right hand has a melodic line with a fermata over the final note. The left hand accompaniment concludes with a double bar line.

MUJER

5

119

Musical notation for measures 119-122. The piece is in 3/4 time with a key signature of three sharps (F#, C#, G#). The melody in the treble clef consists of quarter notes and eighth notes. The bass clef accompaniment features chords and single notes.

123

Musical notation for measures 123-126. The melody in the treble clef continues with quarter notes and eighth notes. The bass clef accompaniment includes chords and a final cadence in measure 126.

# LA CANCIÓN DE WALLY



♩ = 95

Sergio De La Cuadra

**A**

System 1 of section A, measures 1-4. The music is in 4/4 time with a key signature of one flat (Bb). The right hand starts with a quarter rest, followed by eighth notes G4, A4, Bb4, C5. The left hand has a whole rest in measure 1, then enters in measure 2 with eighth notes G2, A2, Bb2, C3.

System 2 of section A, measures 5-8. The right hand continues with eighth notes D4, E4, F4, G4, then a dotted quarter note G4, and eighth notes A4, Bb4. The left hand continues with eighth notes D2, E2, F2, G2, then a dotted quarter note G2, and eighth notes A2, Bb2.

System 3 of section A, measures 9-12. The right hand continues with eighth notes C5, Bb4, A4, G4, then a dotted quarter note G4, and eighth notes F4, E4. The left hand continues with eighth notes D2, E2, F2, G2, then a dotted quarter note G2, and eighth notes F2, E2.

**B**

System 4 of section B, measures 13-16. Measure 13 starts with a first ending bracket over measures 13-14. The right hand has eighth notes G4, A4, Bb4, C5. The left hand has eighth notes D2, E2, F2, G2. Measure 14 has a second ending bracket over measures 14-15. The right hand has eighth notes G4, A4, Bb4, C5. The left hand has eighth notes D2, E2, F2, G2. Measure 15 has a whole note G4 in the right hand and a dotted quarter note G2 in the left hand. Measure 16 has a whole note G4 in the right hand and a dotted quarter note G2 in the left hand.

System 5 of section B, measures 17-20. Measure 17 has a whole note G4 in the right hand and a dotted quarter note G2 in the left hand. Measure 18 has eighth notes G4, A4, Bb4, C5 in the right hand and eighth notes D2, E2, F2, G2 in the left hand. Measure 19 has a dotted quarter note G4 in the right hand and eighth notes A4, Bb4 in the left hand. Measure 20 has eighth notes C5, Bb4, A4, G4 in the right hand and eighth notes D2, E2, F2, G2 in the left hand.

# LA CANCIÓN DE WALLY

2

22 C

27

32

37

D

42 1. 2.

# LA CANCIÓN DE WALLY

3

46

Musical notation for measures 46-50. The system consists of a grand staff with a treble clef and a bass clef. The key signature has one flat (B-flat). Measure 46 starts with a whole rest in the treble and a half note G2 in the bass. Measures 47-50 contain a melody in the treble and a bass line in the bass.

51

Musical notation for measures 51-55. The system consists of a grand staff with a treble clef and a bass clef. The key signature has one flat (B-flat). Measure 51 starts with a whole rest in the treble and a half note G2 in the bass. Measures 52-55 contain a melody in the treble and a bass line in the bass.

56

**E**

Musical notation for measures 56-60. The system consists of a grand staff with a treble clef and a bass clef. The key signature has one flat (B-flat). Measure 56 starts with a whole rest in the treble and a half note G2 in the bass. Measure 57 has a boxed letter 'E' above the treble staff. Measures 58-60 contain a melody in the treble and a bass line in the bass.

61

Musical notation for measures 61-65. The system consists of a grand staff with a treble clef and a bass clef. The key signature has one flat (B-flat). Measure 61 starts with a whole rest in the treble and a half note G2 in the bass. Measures 62-65 contain a melody in the treble and a bass line in the bass.

66

Musical notation for measures 66-70. The system consists of a grand staff with a treble clef and a bass clef. The key signature has one flat (B-flat). Measure 66 starts with a whole rest in the treble and a half note G2 in the bass. Measures 67-70 contain a melody in the treble and a bass line in the bass.

71

Musical notation for measures 71-75. The system consists of a grand staff with a treble clef and a bass clef. The key signature has one flat (B-flat). Measure 71 starts with a whole rest in the treble and a half note G2 in the bass. Measures 72-75 contain a melody in the treble and a bass line in the bass. The piece ends with a double bar line.

# BAJANDO EL RÍO



♩.=100

Sergio De La Cuadra

## INTRO

First system of musical notation (measures 1-4). The piece is in 9/8 time. The right hand starts with a quarter rest, followed by quarter notes G4, A4, B4, and a half note C5. The left hand plays a steady eighth-note accompaniment: G3, A3, B3, C4, D4, E4, F4, G4.

Second system of musical notation (measures 5-8). The right hand continues with quarter notes D5, E5, F5, and a half note G5. The left hand accompaniment remains consistent.

Third system of musical notation (measures 9-12). The right hand plays quarter notes A5, B5, C6, and a half note D6. The left hand accompaniment remains consistent.

Fourth system of musical notation (measures 13-16). The right hand plays quarter notes E6, F6, G6, and a half note A6. The left hand accompaniment remains consistent.

Fifth system of musical notation (measures 17-20). The right hand plays quarter notes B6, C7, D7, and a half note E7. The left hand accompaniment remains consistent.

# BAJANDO EL RÍO

2

21

Musical notation for measures 21-25. The system consists of two staves. The upper staff (treble clef) contains a melodic line with a dotted half note, followed by quarter notes and eighth notes. The lower staff (bass clef) contains a bass line with eighth notes and quarter notes, including rests.

26

Musical notation for measures 26-30. The system consists of two staves. The upper staff (treble clef) contains a melodic line with eighth notes and quarter notes. The lower staff (bass clef) contains a bass line with eighth notes and quarter notes, including rests.

31

Musical notation for measures 31-35. The system consists of two staves. The upper staff (treble clef) contains a melodic line with eighth notes and quarter notes. The lower staff (bass clef) contains a bass line with eighth notes and quarter notes. The system concludes with a double bar line and repeat signs.

36 **TEMA**

Musical notation for measures 36-39. The system consists of two staves. The upper staff (treble clef) contains a melodic line with quarter notes and eighth notes. The lower staff (bass clef) contains a bass line with chords and eighth notes.

40

Musical notation for measures 40-43. The system consists of two staves. The upper staff (treble clef) contains a melodic line with quarter notes and eighth notes. The lower staff (bass clef) contains a bass line with chords and eighth notes.

44

Musical notation for measures 44-47. The system consists of two staves. The upper staff (treble clef) contains a melodic line with quarter notes and eighth notes. The lower staff (bass clef) contains a bass line with chords and eighth notes.

# BAJANDO EL RÍO

3

48

Musical notation for measures 48-51. The system consists of a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff contains a melodic line with quarter and eighth notes, including some beamed eighth notes. The bass staff contains a harmonic accompaniment with chords and moving bass lines.

52

Musical notation for measures 52-55. The system consists of a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff continues the melodic line with quarter and eighth notes. The bass staff continues the harmonic accompaniment.

56

Musical notation for measures 56-59. The system consists of a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff continues the melodic line. The bass staff continues the harmonic accompaniment.

60

Musical notation for measures 60-64. The system consists of a treble clef staff and a bass clef staff. At measure 64, the time signature changes from 4/4 to 3/4. The treble staff continues the melodic line. The bass staff continues the harmonic accompaniment.

65

Musical notation for measures 65-69. The system consists of a treble clef staff and a bass clef staff. At measure 65, the time signature changes from 3/4 to 9/8. The treble staff continues the melodic line. The bass staff continues the harmonic accompaniment.

70

Musical notation for measures 70-73. The system consists of a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff continues the melodic line. The bass staff continues the harmonic accompaniment.

# BAJANDO EL RÍO

4

74

Musical notation for measures 74-77. Treble clef has a melody starting on G4, moving to A4, B4, and then descending. Bass clef has a steady accompaniment of chords and eighth notes.

78

Musical notation for measures 78-81. Treble clef melody continues with a slight rise and then a fall. Bass clef accompaniment remains consistent.

82

Musical notation for measures 82-85. Treble clef melody features a prominent dotted half note. Bass clef accompaniment continues.

86

Musical notation for measures 86-89. Treble clef melody has a dotted half note followed by a quarter note. Bass clef accompaniment continues.

90

Musical notation for measures 90-93. Treble clef melody continues with a dotted half note. Bass clef accompaniment continues. The system ends with a 3/4 time signature.

94

Musical notation for measures 94-97. Treble clef melody starts with a 3/4 time signature and a dotted half note. Bass clef accompaniment continues. The system ends with a 9/8 time signature.

BAJANDO EL RÍO

99

Musical notation for measures 99-103. The system consists of a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff contains a melodic line with eighth and quarter notes, including a repeat sign at the end of measure 103. The bass staff contains a rhythmic accompaniment of chords and eighth notes.

103

Musical notation for measures 103-107. The system consists of a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff continues the melodic line from the previous system, ending with a repeat sign. The bass staff continues the accompaniment.

107

Musical notation for measures 107-112. The system consists of a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff has a melodic line with a repeat sign at the end of measure 112. The bass staff has a rhythmic accompaniment.

112

Musical notation for measures 112-116. The system consists of a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff has a melodic line with a repeat sign at the end of measure 116. The bass staff has a rhythmic accompaniment.

116

Musical notation for measures 116-121. The system consists of a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff has a melodic line with a repeat sign at the end of measure 121. The bass staff has a rhythmic accompaniment.

121

Musical notation for measures 121-125. The system consists of a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff has a melodic line with a repeat sign at the end of measure 125. The bass staff has a rhythmic accompaniment.

BAJANDO EL RÍO

6

126

Musical notation for measures 126-130. Treble clef: eighth notes, quarter notes, and half notes. Bass clef: chords and eighth notes.

131

Musical notation for measures 131-135. Treble clef: quarter notes, half notes, and quarter notes. Bass clef: chords and eighth notes.

136

FINAL

Musical notation for measures 136-140. Treble clef: quarter notes, half notes, and chords. Bass clef: chords and eighth notes.

139

Musical notation for measures 139-140. Treble clef: chords and a long note. Bass clef: chords and eighth notes.

# IMPROVISADO



♩ = 120

Sergio De La Cuadra

INTRO

A

Musical notation for measures 1-3. The piece is in 12/8 time and E-flat major. Measure 1 features a melodic line in the right hand and a bass line in the left hand. Measure 2 contains a complex chordal texture. Measure 3 continues the melodic and harmonic development.

Musical notation for measures 4-6. Measure 4 shows a melodic phrase in the right hand. Measure 5 continues this phrase. Measure 6 concludes the section with a final chord.

Musical notation for measures 7-9. Measure 7 begins with a complex chordal texture. Measure 8 continues the melodic line. Measure 9 concludes the section.

B

♩ = 130

Musical notation for measures 10-12. Measure 10 starts with a rest in the right hand. Measure 11 features a melodic phrase. Measure 12 concludes the section.

C

Musical notation for measures 13-15. Measure 13 begins with a melodic phrase. Measure 14 continues this phrase. Measure 15 concludes the section with a final chord.

IMPROVISADO

2

16

19

**D**

22

8va

25

8va

**C'**

28

8va

31

IMPROVISADO

34 *8va* **E**

37 1. 2.

40

43 **F**

46 **G**

49 **H**

IMPROVISADO

4

52

Musical notation for measures 52-54. Treble clef with a key signature of three flats and a common time signature. The right hand features a melodic line with eighth and quarter notes, while the left hand provides a harmonic accompaniment with chords and single notes.

55

*guz*-----1

Musical notation for measures 55-58. Treble clef with a key signature of three flats and a common time signature. The right hand has a melodic line with eighth notes. A dashed line labeled "guz" spans from measure 55 to measure 58. The left hand continues with harmonic accompaniment.

59

FINAL

Musical notation for measures 59-62. Treble clef with a key signature of three flats and a common time signature. The right hand has a melodic line with eighth notes. A box labeled "FINAL" is placed above measure 60. The left hand continues with harmonic accompaniment.

63

Musical notation for measures 63-66. Treble clef with a key signature of three flats and a common time signature. The right hand has a melodic line with eighth notes. The left hand continues with harmonic accompaniment.

# NOCTURNO CON VARIACIONES



♩ . = 90

Sergio De La Cuadra

TEMA

7

Variación 1

13

19

25

NOCTURNO CON VARIACIONES

2

31 Variación 2



36



42



47 Final



52



58





# PUESTA DE SOL



♩ = 100

Sergio De La Cuadra

**A**

First system of musical notation (measures 1-4) for the piece 'Puesta de Sol'. It features a grand staff with a treble and bass clef. The treble clef part consists of chords and arpeggios, while the bass clef part has a steady eighth-note accompaniment.

Second system of musical notation (measures 5-8). The notation continues with similar chordal textures and rhythmic patterns as the first system.

Third system of musical notation (measures 9-12). The piece maintains its harmonic and rhythmic structure.

Fourth system of musical notation (measures 13-16). The notation continues with similar chordal textures and rhythmic patterns.

Fifth system of musical notation (measures 17-20). The piece concludes with a final chord in the treble clef and a final eighth-note in the bass clef.

PUESTA DE SOL

2

21

Musical notation for measures 21-24. The treble clef contains chords, and the bass clef contains a rhythmic pattern of eighth notes.

25

Musical notation for measures 25-28. The treble clef contains chords, and the bass clef contains a rhythmic pattern of eighth notes.

29

Musical notation for measures 29-32. The treble clef contains chords, and the bass clef contains a rhythmic pattern of eighth notes.

33

Musical notation for measures 33-36. The treble clef contains chords, and the bass clef contains a rhythmic pattern of eighth notes. Measures 35-36 feature triplets in both staves.

**B**

37

Musical notation for measures 37-40. The treble clef contains chords, and the bass clef contains a rhythmic pattern of eighth notes.

PUESTA DE SOL

41

Musical notation for measures 41-43. The piece is in 3/4 time with a key signature of three flats (B-flat, E-flat, A-flat). The right hand features a complex chordal texture with triplets and sixteenth notes, while the left hand provides a steady bass line with eighth notes.

44

Musical notation for measures 44-46. The right hand continues with intricate chordal patterns, and the left hand maintains the eighth-note bass line.

47

Musical notation for measures 47-50. The right hand's texture remains dense with chords, and the left hand's bass line continues.

A'

51

Musical notation for measures 51-54. Measure 51 begins with a double bar line and a key signature change to two flats (B-flat, E-flat). The right hand has a more open texture, and the left hand continues with eighth notes.

55

Musical notation for measures 55-58. The right hand features a series of chords, and the left hand continues with the eighth-note bass line.

PUESTA DE SOL

4

59

Musical notation for measures 59-62. The system consists of two staves: a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff contains a sequence of chords, primarily triads and dyads, with some notes beamed together. The bass staff contains a rhythmic accompaniment of eighth notes, often beamed in pairs.

63

Musical notation for measures 63-65. The system consists of two staves: a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff continues with chords, including some with grace notes. The bass staff continues with eighth-note accompaniment.

66

Musical notation for measures 66-69. The system consists of two staves: a treble clef staff and a bass clef staff. The treble staff features chords with grace notes and some beamed eighth notes. The bass staff continues with eighth-note accompaniment. The system concludes with a double bar line.

# DESPEDIDA



♩ = 65

Sergio De La Cuadra

**A**

Musical notation for measures 1-4. The piece is in 4/4 time. Measure 1 has a whole rest in the treble and a whole note chord in the bass. Measures 2-4 feature a melody in the treble and a bass line with chords.

5

Musical notation for measures 5-9. The melody continues in the treble, and the bass line consists of chords and eighth notes.

10 **B**

Musical notation for measures 10-14. The melody in the treble has a more active eighth-note pattern, while the bass line remains chordal.

15

Musical notation for measures 15-18. The melody in the treble continues with eighth notes, and the bass line has some rests in measure 17.

19

Musical notation for measures 19-22. The melody in the treble concludes with a final flourish, and the bass line continues with chords.

DESPEDIDA

2

22

Musical score for 'DESPEDIDA' starting at measure 22. The score is written for piano in two staves: Treble and Bass. The music consists of four measures. The first measure features a treble staff with a sequence of chords and a bass staff with a steady eighth-note accompaniment. The second measure continues this pattern with a melodic line in the treble. The third measure shows a more complex texture with overlapping chords in both staves. The fourth measure concludes the phrase with a final chord in the treble and a sustained note in the bass.



Sergio de la Cuadra Infante es ingeniero agrónomo y apicultor profesional. Botánico especialista en Cactáceas y Plantas Suculentas, es dueño de Vivero San Pedro Quillota, especializado en la reproducción y comercialización de estas plantas. Fundador del Jardín Botánico Paraíso El Escalante en Quillota, donde vive actualmente. Músico de toda la vida.

Nueva  
**Mirada**  
EDICIONES

ISBN 978-956-9812-66-8

